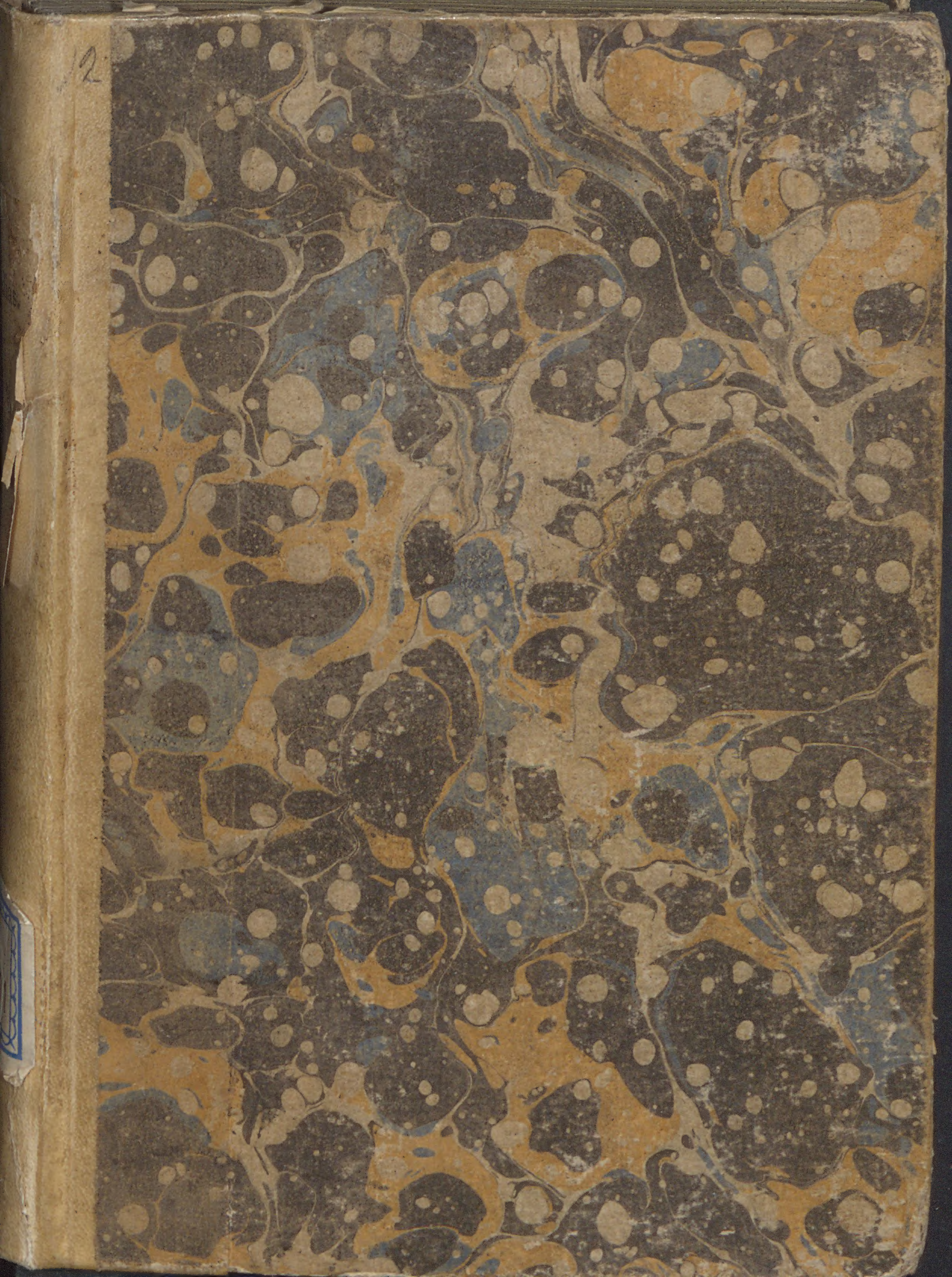
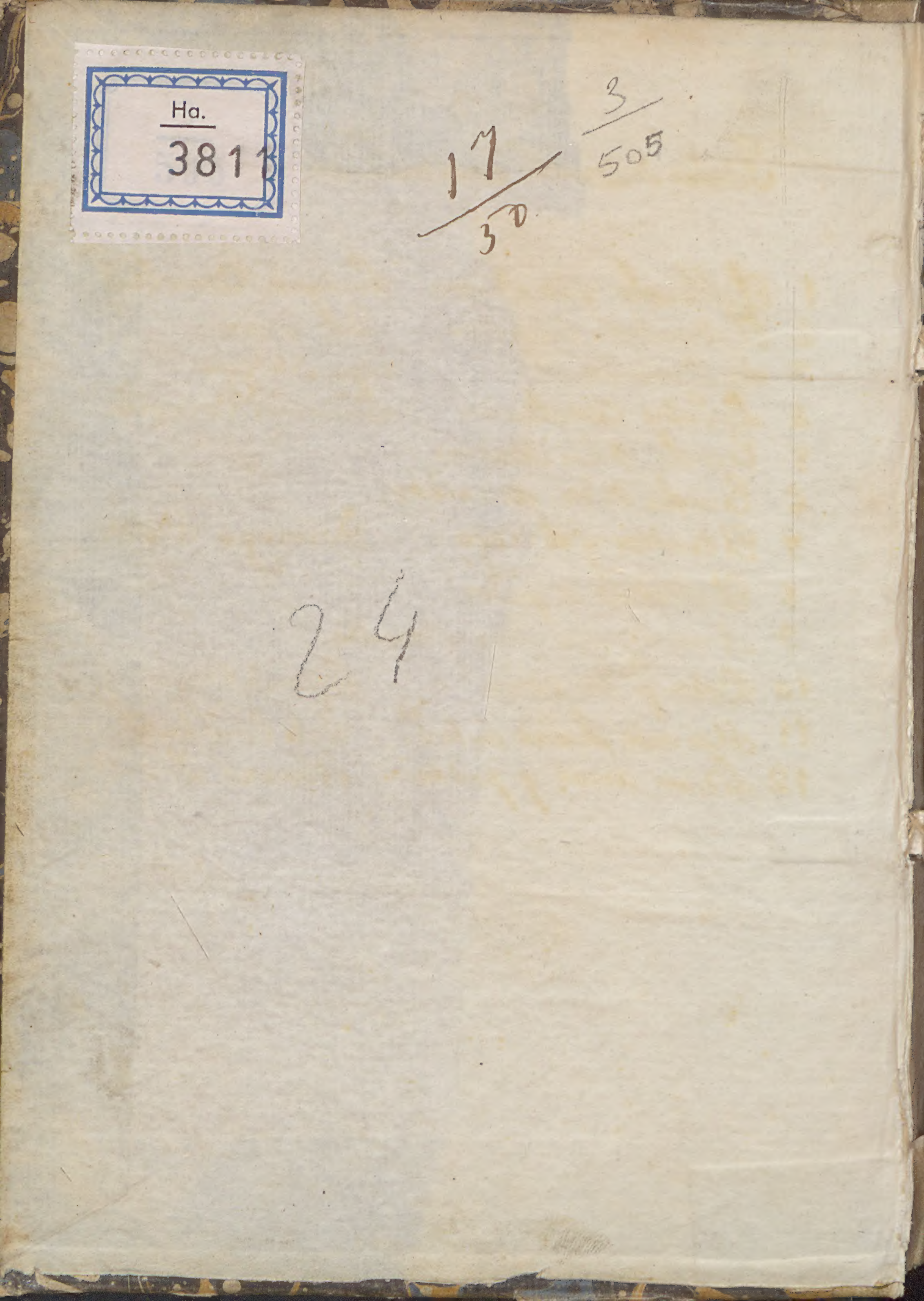

12


Ha.
3811
17/30
3/505
24

Titulos de comed.s contenid.s en este T 8

EL ABUELO, Y LA NIETA.

COMEDIA DE MUSICA, EN TRES ACTOS:

POR D. LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

ACTORES.

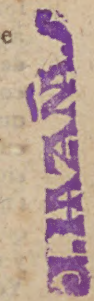
Don Diego, hombre de abanzada edad, padre de
D. Joseph, de un carácter severo, padre de
Doña Rosita, señorita vana y soberbia.
D. Pedro, Abate seductor.
D. Benito, amante de Doña Rosa.
Doña Monica, aya justificada.
Silverio, capataz de la huerta, tio de
Faustina, pastora simple.
Tomasa... } criadas.
Manuela. }
Juan Joseph, negrillo volante de Don Joseph.
Labradoras y Labradores.

LA ESCENA ES ESTABLE, Y SE FINGE EN UNA QUINTA DE las inmediaciones de Madrid, propia de Don Diego.

ACTO PRIMERO.

Galeria de una Quinta, con varias puertas que conducen á los respectivos quartos de los dueños, pared de una altura regular, con puerta en medio y pozo à un lado en el foro. Sobre la pared sobresalen unos emparrados del que figurará ser patio, y en el último término, la puerta de la entrada de la Quinta. Aparece D. Benito embebido en contemplar el retrato de Doña Rosa, D. Diego le observa apoyado en el baston.

Canta.
Ben. Fiel traslado de mi dueño,
dulce copia de mi vida,
desde que te vió embebida
en tí toda el alma está.
Si la copia asi arrebata,
si el traslado asi sorprende,
facilmente se comprende
el original que hará.
Dieg. Bendito seas mil veces;
dexa que te dé cien besos;
dile al retrato de Rosa,
mi Nieta, dos mil requiebros,
que original y retrato,
merecen qualquier obsequio.
Ben. El prodigio que ví en sombras,
quando me cegó el reflejo
de sus ojos, contemplarlo
en el retrato resuelvo,
á menos que su retrato
no me dexe tambien ciego.
Dieg. No es estraño que te guste
mi Nietecilla, atendiendo
à su beldad. El Perú
dará à trompones dinero,
pero no dará hermosuras
como la suya.
Ben. Yo creo,
que quando naturaleza,
quiera hacer otro embeleso
de igual beldad, de la suya
se valdrá para modelo,



y por esa causa indigno,
de su mano me contemplo.
Dieg. Tú eres digno de Rosita,
y digno de ser mi nieto.
Ben. Si Don Joseph...
Dieg. Ya, Pepito.
Ben. Ha querido hacerme dueño
de su mano, no es Señor,
porque su beldad merezco,
sino porque quiere honrarme
con tan venturoso empleo.
Dieg. Quando Pepe me escribió
el ventajoso concierto
de su boda, me parece
que dudaba de su efecto,
por el miedo que mostrabas
á pasar el charco.
Ben. Es cierto,
que dexé con repugnancia
el Perú, y expuse al riesgo
del mar, vida è intereses;
y que el amor que profeso
à Don Joseph, por haberme
criado desde pequeño,
pudo vencer solamente
la repugnancia que à ello
mostraba, aunque fué mi padre
español, y ningun deudo
me quedaba allí; mas tanto
mi venida à España apruebo,
que los riesgos que he pasado
me parecen cortos riesgos,
à vista de la ventura
que he conseguido por ellos.
Dieg. Si te gusta por hermosa,
mas te gustará en sabiendo
la educacion que la he dado;
no entienden palabra de esto
los padres. Quando principia
à desarrollarse el genio
de los niños, se le oprimen
con importunos maestros,
que quieren con el castigo
cultivar su entendimiento
enseñandoles materias
tan estupidas como ellos,
que sirven de hacerlos tontos,
y criarlos entisecos.
Yo me quité de etiquetas,
tontunas y cumplimientos:
apenas cumplió tres años,
mandé que comiera aquello
que quisiese; si cevollas,
cevollas, si verros, verros.
Igualmente mandé al aya,
que en verano, y en invierno,
fuese à la hora que fuese,
saliese à la huerta en cuerpo,
sin resguardarla del sol,
ni del rigor de los yelos.
Que si la tomase enbarazos,
algun pastor ò quintero,
y la llevase à la siega,
ò al prado à ver los corderos,
no la pusiesen reparo;
y aunque volvia de entre ellos,
apestando à ajos y à vino,
manchado todo el pañuelo,
y el vaquerito arrugado
y lo regañaba al verlo,
en el modo de reñirlo
conocian mi contento.
En fin, con estas anchuras,
poca labor, mucho juego,
un estudio moderado,
y quatro mimos à tiempo,
he criado una muchacha,
mas rolliza que un ternero,
que me dará, si se casa,
à porrillo los viznietos.
Ben. En la educacion de Rosa,
mostró usted su gran talento.
Dieg. Querias que yo criara
mi Nieta como un escuerzo,
descolorida y delgada,
como otras que en Madrid vemos,
cuya complexion endeble
las casas va obscureciendo?
No Señor, quise criarla,
como crian sus hijuelos
los Aldeanos. Al instante
que Pepe se fué al Gobierno,
me vine à la Quinta, en donde
permanecí todo el tiempo
de su puericia: despues
que la morriña del cuerpo
hechó del todo, y se puso
tan sana como estás viendo,
la llevé à Madrid, y en todo
lo concerniente al manejo,

que

que tienen las señoritas,
que quieren brillar enmedio
de las gentes del gran mundo,
la hice imponer, y un talento
en esto mostró tan grande,
que à muy pocos documentos
que la diéron, aprendió
mas que la enseñó el Maestro;
y cuidado que en Madrid,
no hay ninguno tan experto
como el suyo: es un estuche
de mil juguetes compuesto;
à no ser por él, la niña
mil veces se hubiera muerto.
Ayer tarde de Madrid
à buscarle aquí viniéron
de parte de un poderoso
que con él consulta. Pero
pronto volverá, y verás
si en alabarle me excedo;
es un critico famoso,
un escritor estupendo,
un especifico tiene,
ò elixîr para los viejos.....
si soy mas mozo que Pepe,
à su elixîr se lo debo.
En fin, estoy persuadido,
que nadie con tanto esmero
ha criado una muchacha
como yo, y aunque contemplo
que sin trabajo, tú el fruto
cojerás de mi desvelo,
lo doy por bien empleado,
porque te hacen digno de ello
tus circunstancias.

Ben. Estimo
el favor que à usted merezco
como es debido: à que hora
querrá usted que à ver entremos
al cielo de su hermosura?

Dieg. Si te parece, ahora mesmo;
que aunque ayer noche no pude
sacar á Rosa del cuerpo,
si le gustabas ò no,
nada importa; yo estoy cierto
que hará justicia al instante
á tu mérito; à mas de esto,
como estaba algo malilla...
Luego fué tan poco el tiempo
que te vió... Vamos à verla,
dexa de una vez el miedo,
que ella se sugetará
à lo que diga su Abuelo.
Y mi hijo vendrá pronto?
Ya estoy deseando verlo.
Está mas viejo que yo?
Representará à lo menos
veinte años mas: yo à Dios gracias
todavia me manejo
muy bien: conserva la vista?
Querrás creer que yo veo
un cabello de una legua?

Ben. A él le sucede lo mesmo.

Dieg. ¿Y por qué no vino anoche
contigo? Mas ya me acuerdo,
me dixiste que tenía
que presentarse à un sugeto
que le favorece, y que hoy
vendria à comer; no es eso?

Ben. Si Señor.

Dieg. Que cosas tiene
este Pepe. No comprehendo
porque quiere que en la Quinta,
y no en Madrid le esperemos
yo y Rosita.

Ben. Eso lo hace
por evitar cumplimientos.

Dieg. Si digo yo que Pepito
es pateta.

Ben. Fuera de esto,
que aqui con tranquilidad
quiere estender los conciertos
de la boda, y celebrarla,
si puede ser en secreto.

Dieg. Me parece bien: ¿qué tienes
que no paras con el cuerpo?
ah! si, quieres ver la niña;
y es razon; pero qué es esto?

Salen del quarto de Doña Rosa, Tomasa y Manuela corriendo, manifestando en las acciones su poco juicio.

A dónde vais? Qué decis?
que yo palabra no entiendo,
está visible tu ama?
sin responderme se fuéron,
va à la puerta de Doña Rosa.
voy à mirar...

Dentro Mon. No entre usted.

Dieg. No está visible. Silverio?

Sale Sil. Señor?

Dieg. Lo que te he mandado,
está del todo dispuesto?
Silv. Nada faltará.
Dieg Ya sabes
que hoy viene Pepe, y que quiero,
como que es Gobernador
obsequiarle.
Silv. Ya lo entiendo.
Dieg. Cuidado que nada falte.
Lo has entendido, Silverio?
Silv. Si Señor.
Dieg. Mientras se viste
Rosa, en mi quarto estaremos;
vamos, que ya la verás.
Ben. Como es debido obedezco.
Amor apresura el logro
de mis amantes deseos.
Entra en el quarto de D. Diego.
Silv. Con la venida del hijo,
está el Amo medio lelo;
pero ya vienen los mozos
Salen mozos y mozas con pichones y verduras.
del palomar y del huerto.
Jesus que pesados sois!
A la cocina con eso
vosotras: venid vosotros,
que todavia tenemos
que alcanzar ubas. El Amo
está loco de contento,
y es preciso darle gusto.
Pero quien viene corriendo?
La niña: ya se conoce
que le falta su D. Pedro.
Entran los mozos por la parte del foro. y suben à los emparrados. Sale Doña Rosa de su quarto, pateando, andando desaforada por el Teatro, y Doña Mónica conteniendola.
Canta Ros. No quiero, no quiero,
hay tal machacar.
Sin el bien que adoro
no puedo parar;
pero ya ha llegado,
dexeme usted estar:
si tarda otro rato
me he de repelar.
No quiero, no quiero,
hay tal machacar.
Dexeme usted.
Mon. Señorita...
Ros. Ya he dicho à usted que no quiero.
Qué no venga! *pateando.*
Mon. Tenga usted
algo mas de miramiento.
Ros. Con sermones se me viene
la Beata de Lora. Bueno,
quando entre à darme los dias,
yo se lo dire al Abuelo.
Mon. Digaselo usted, que ya
se me acabó el sufrimiento.
Ros. Pues vayase usted: las siete,
mirando el relox.
y no ha venido D. Pedro!
Mon. Peinese usted.
Ros. Vaya, vamos.
Mon. Aquí? No es mejor adentro?
Ros. Si yo quiero aquí.
Mon. Pues sea,
ya que usted se empeña en ello.
Doña Mónica, llama á un criado interin canta Silverio en el emparrado: el criado entra por el tocador y Doña Mónica se pone à peinarla.
No es tan mala la muerte *Bolera.*
como la ausencia,
aquella el mal caba
y esta le aumenta.
Ay de aquel pecho,
que la tortura sufre
de mal tan fiero.
Ros. Qué bien que canta! Es un pasmo:
vuelve à proseguir Silverio
y baxa por la propina
asi que acabes con eso.
Bolera.
Silv. Piensa con el Abate
ser Juana sola
y el tiene en cada calle
cinco ó seis mozas.
Se levanta de pronto Doña Rosa enfurecida.
Ros. Como no calle el bribon
le he de hacer moler los huesos
à palos; como se entiende
ponerse à cantar sabiendo
del modo que estoy? ninguno
me ha de parar un momento.
Qundo rabio, mis criados
han de rabiar, que para eso
son

son mis criados, y los pago.
Mon. Mas no son esclavos vuestros.
Ros. Beata de Lora.
Mon. Loca.
Ros. Hoy en dia es moda el serlo,
Beata de Lora.
Mon. Usted...
Ros. Ya se ha picado.
Mon. Acabemos
el peynado, por si acaso
entra à ver à usted su Abuelo
con el novio.
Ros. Con el novio?
Sabe usted si yo le quiero?
Mon. Aquello que hagan sus Padres,
deberá usted dar por hecho.
Ros. Pues ya.
Mon. Qué lazo se pone
usted?
Ros. Traygame usted el negro.
Mon. Si yo sobre tí mandara
yo domaria tu genio. *vase.*
Ros. Para recibir à este hombre
que me quieren dar por dueño,
¿qué traxe te pondrás Rosa?
Una vez que le aborrezco
me pondré el de luto, á ver
si de este modo le auyento;
me gusta la idea... vamos
Sale Manuela.
corre, viene yá Don Pedro?
Man. No Señora.
Ros. Con que flema
lo dice.
Vuelve de nuevo
à verlo desde la puerta,
sosona.
Man. Ya voy corriendo
qué vivora!... *vase.*
Sale Doña Mónica con un lazo negro.
Mon. Tome usted
el lazo.
Ros. Ya no le quiero
yo le he pedido à usted el blanco
y usted me ha traido el negro.
Mon. Pues iré por él: paciencia
pues que no hay otro remedio. *vas.*
Ros. El vestido me ha chocado;
pero tolerar no puedo
esta tardanza... si acaso
le habrá espantado el Abuelo?
si lo supiera, si lo...
vino, Tomasa, el Maestro?
Sale Tom. No se le vé todavia
por ningun lado.
Ros. Si es cierto
lo que imagino... anda corre
dí que venga acá mi Abuelo.
Tom. Cómo una malva es la niña!
Ros. Si es verdad lo que sospecho...
Sale Doña Mónica con el lazo blanco.
Mon. Aquí está ya el lazo blanco.
Ros. El lazo blanco? Esto es bueno
se lo he pedido yo à usted?
Mon. Sí Señora.
Ros. Qué enveleco!
Mon. Paciencia.
Ros. Paciencia, ha!
traygame usted el baquero
de luto. Despache usted.
Mon. A qué viene ese edefesio?
Ros. Me quiero poner de luto.
Mon. De luto? pues quién se ha muerto?
Ros. Se ha muerto mi corazon,
ya que usted quiere saberlo.
Mon. Luego que su padre venga
no paro aquí ni un momento.
Sale Don Diego, y Tomasa. Doña Rosa se sienta y hace que llora.
Tom. Entre usted.
Ros. Ya viene aquí:
de este modo he de saberlo.
No lo creyera jamás:
todos caminan de acuerdo
para matarme, y el peor
es mi Abuelito; mas presto
tendrán el gusto de verme
baxo una losa... qué es esto!
Hace que se accidenta.
Qué convulcion...
Dieg. Pobrecita!
hay que se accidenta cielos!
Chucurrutita... Rosita?
Tu Abuelo qué te ha hecho?
Valgame Dios! Se te pasa?
Doña Mónica? Silverio?
Mas ya vuelve: qué te ha dado?
Ros. Un dolor aquí en el pecho.
Sale Doña Mónica.
Dieg. Usted sin duda á Rosita

le ha dado algun sentimiento.
Mon. Ay Señor!...
Ros. Qué trae usted ?
ya el luto iba previniendo
pensando que me moria;
no me pueden ver.
Dieg. En esto
la niña tiene razon.
Vuelva usted la bata dentro
y dexenos. Qué rarezas *vas. Mon.*
tienen estas ayas ! Cielo
mio, estás ya mejorcita ?
Ros. Algo aliviada me siento;
pero Abuelo, sabe usted
por qué no viene Don Pedro ?
Dieg. No, hija.
Ros. Dicen que usted
con él ha tenido un cuento,
y le ha dicho que no venga.
Dieg. Quien te ha contado este enredo?
Ros. Con qué vendrá ?
Dieg. Y si no viene
iré á buscarle yo mesmo
si es necesario.
Ros. No en valde
tanto á mi Abuelito quiero :
si es tan bonito...
Dieg. De veras ?
Con la risa celebra la moneria de Doña Rosa.
Ros. Tiene tan blanquito el pelo...
y los ojos ? Abelito,
si vieras quanto te chero ?
Mira me das una onza ?
Dieg. Si es menester tambien ciento.
Ros. Dame el bolsillo.
Dieg. Toma,
qué has de hacer de tantos pesos ?
Ros. Qué he de hacer! vestir à usted
de majo.
Dieg. Para que efecto ?
Ros. Para tener quando ocurra
con quien baylar el bolero.
Dieg. Muger, si yo no le baylo.
Ros. No hay en el mundo maestros ?
Dieg. Tengo los huesos muy duros.
Ros. Eso es decir que usted es viejo ?
Dieg. Pero lo soy, lo soy Rosa ?
Ros. Usted viejo ? ni por pienso.
Dieg. De ese modo, todavia
veré si puedo aprenderlo.
A los muchachos es fuerza
irles siempre con el genio.
Ros. Mire usted, la aya me dixo,
que no sé contar dinero
y ahora voy á desmentirla.
Se sienta al tocador à contar dinero.
Doña Mónica ha vuelto à salir.
Dieg. Me parece muy bien hecho.
Usted trata à la muchacha
con aspereza, y no quiero.
Mon. Mire usted que...
Dieg. Nada miro,
disimule ò reñirémos.
Ros. Quatro duros son diez reales...
medio duro son dos cientos...
una onza quince reales.
Luego dirán que no entiendo
de contar.
Al bastidor D. Diego, y D. Benito.
Dieg. Entra que ahora
no tiene el humor revuelto
y te admitirá gustosa.
Ben. Amor lo quiera Don Diego.
Dieg. Contemplala desde aquí,
mira qué color tan bello;
que talle tan primoroso,
y que ojos tan hechizeros...
y los piezecitos ? Vaya
aquel modo de ponerlos
en el bien parado, asombra.
Tú baylarás el bolero ?
Ben. No Señor.
Dieg. Pues hijo mio
es necesario aprenderlo,
que tambien le aprendo yo.
Ben. Este hombre ha perdido el seso.
Dieg. Vamos en nombre de amor.
Rosíta aquí te presento
à tu nobio.
Ros. A quien, Señor ?
Sin mirar ni dexar de contar el dinero.
Dieg. A tú nobio.
Ros. Puf, que feo... *vase corriendo.*
Dieg. Muchacha ? Esperame aquí
que pronto con ella vuelvo... *vase.*
Ben. Ay triste, que ya conozco
qué soy blanco de su ceño !
O cómo vaticinaba
el corazon su desprecio
quan-

quando dexar por España
repugnaba el patrio suelo!
Señora, vos que sabeis
los ocultos sentimientos
de Doña Rosa, decidme
de que nace su despego:
solos estamos, despues
de recojer, tendréis tiempo,
el tocador; respondedme.
Tiene ya elegido dueño?
callais?

Mon. Sobre estos asuntos
tan solo deciros puedo,
que yo soy una criada
de honor; y que los secretos
de los amos, nunca expio,
por no exponerme à saberlos.

Ben. Solo de nombre sabeis
que soy Indiano, y yo quiero,
por si acaso lo dudais,
que lo sepais por los hechos.
Vos estais acatarrada,
y estos cinco caramelos
peruános, me parece
que os ablandarán el pecho.

Mon. Aunque dicen que se ablandan
los mas cerrados con ellos,
sé de cierto que en el mio
no han de hacer ningun efecto,
que en donde el honor es mas,
es lo ménos el dinero.

Ben. Admirado y sorprendido
me dexais à un mismo tiempo:
valgame Dios! Qué he de hacer?
entre mis dudas me pierdo,
y pues no tengo otro arbitrio,
temple el canto mis tormentos.

Seguidillas serias.

Ay de el que llora enojos
que no ha causado,
y carece de medios
para aplacarlos.
Apela al obsequio,
apela al alhago
y en vez de disminuirlos
los vá aumentando.
Ay del que llora enojos
que no ha causado.

Al haber empezado las seguidillas sale Don Diego, le oye un poco dando muestras de que le ha sorprendido: entra por Doña Rosa, la saca; y despues de beber acabado de cantar se vá dando una carcajada. D. Benito la mira y se vá despechado.

Dieg. De sus rarezas de usted
ya se han visto los efectos.
Porque usted no la contempla,
trata Rosa con desprecio
à su nobio; ya se vé,
si la están siempre oprimiendo,
no ha de estar de mal humor?
Usted tiene muy mal genio,
y es muy tonta; si la boda
no se efectua por eso,
se acordará usted de mí.

Mon. Ha acabado usted D. Diego?

Dieg. Qué tiene usted que decirme?

Mon. Que con el permiso vuestro
me voy à Madrid.

Dieg. El coche
le tiene el Señor D. Pedro,
y no puede ser.

Mon. No importa
me iré à Madrid en volviendo.

Dieg. Despues que usted me ha perdido;
ahora quiere huir el cuerpo.

Mon. Usted se pierde à sí mismo
despues le pierde el maestro:
de todo qunato aquí pasa
usted y él son causa de ello:
yo lo digo, sí Señor.

Dieg. Siempre sale usted con eso.

Mon. Usted ha criado un toro
en la niña; despues de esto
el maestro es un tunante,
un bribon, un embustero...

Dieg. Usted me quiere matar.

Mon. Qué le ha enseñado de bueno
hasta ahora? diga usted?
él no canta.

Dieg. Qué edefesio!
no canta, y hasta à la mi
llega con su voz.

Mon. Qué necio!
Despues no bayla una pizca,
ni entiende el Francés, ni el Griego:
apenas sabe escribir.

Dieg. Qué lengua!

Mon. Es un trapazero,

un

un embrollon.
Dieg. Y es el hombre
mas erudito del Reyno,
como que es Abate, y tienen
ciencia infusa los mas de ellos:
ahora sigue la carrera
diplomática.
Mon. Veremos
quien tiene razon.
Dieg. En fin,
usted se vá?
Mon. Por supuesto.
Dieg. Quanto antes será mejor. *yend.*
Mon. Solo en este caso siento..
Dieg. No me rompa usted los cascos.
Mon. Venga usted acá Don Diego.
Siguiéndole. *(los ocicos.*
Dieg. Agur. *La da con la puerta en*
Mon. Siempre la verdad
tuvo por premio el desprecio.
En fin... pero el capataz
llega à este sitio à buen tiempo.
Sale Silverio con los mozos.
Silv. Llevad à dentro las ubas.
Mon: Sabes que me voy, Silverio?
Silv. Cómo pues?
Mon. Como he reñido
agriamente con Don Diego,
y asi quisiera que el cofre
me ayudáras hacer.
Silv. Pero,
el amo...
Mon. Nada dirá.
Dieg. Silverio?
Silv. Al instante vuelvo. *vase.*
Sal Man. Doña Mónica?
Mon. Qué quieres?
Man. Venga usted por Dios corriendo,
que no dexa cosa á vida
la Señorita allá dentro.
Sale Tom. Despache usted.
Mon. Voy à ver
si templar su furia puedo. *vase.*
Man. Pero à la hermana de leche
de la Señorita veo.
Tom. A qué vendrá ese animal?
Man. A llevarse algun vaquero,
que quando el ama reparta
quizá nos tocará ménos.
Se pasean divididas por el teatro con muestras de enfado, y sale Faustina, con una cantarila de leche y una cestita de madroños, cantando la siguiente Cancion.
Faust. Quando Bastiana
baxa al sotillo,
por donde pasa
nace un tomillo.
Y al ver su flor
los cupidillos
con sus piquillos
como abejitas chupan su humor.
Rep. Orrio? Orrio! No me entienden
rit acá? Sí, al otro cerro;
que bestias son que no entienden
lo que entienden los carneros:
ya sé porque no responden,
querrán que les llame aquello
que acaba en olla... no es olla
que acaba en cebolla... menos,
que acaba, que acaba en oña:
no es oña; pero me acerco,
le falta algo doña, doña,
Doña Orrio? Ya se riyeron.
Doña rit acá? Sin duda
tendrán otro tratamiento;
yo no sè como llamarlas:
y supuesto que no vengo
à pedir, sino es á dar,
me voy à sampar à dentro.
Hay tantas puertas...por esta...
en estotra ruido siento,
allá voy.
Al llegarse à la puerta, abre Doña Rosa de pronto, y la dá en las narices, y detras de ella sale Doña Mónica.
Ros. Dexeme usted.
Faust. Ay mis narices.
Ros. Qué es esto?
Faust. El demonio de la Doña...
Ros. La hice mal, mucho me alegro.
Faust. Pobre de mí, que es el ama!
Señora Ama, dixe aquello
de Doña... como la puerta...
como nada me dixeron...
luego usted, su Señoría,
gusta de madroños frescos,
y yo los traigo...
Ros. La sorna
que gastais las dos, celebro;

con que estoy...
Faust. Su Señoria
por gusto, quiere usted verlos?
Ros. Qué postema!
Faust. De esa fruta
dice mi tio Silverio,
que hay mucha en Madrid. Se come?
Ros. Dexame en paz.
Faust. Que mal genio.
Si la postema es tan agria,
fuego en ella.
Ros. A decir vuelvo
que à mi vista no os pongais,
sin que traigais del Maestro
noticias.
Mon. Qué frenesí!
Man. Si nosotras no sabemos:::
Ros. Pues saber.
Faust. Ese Señor,
es un mozito pequeño,
que va vestido de viudo,
y que lleva en el pescuezo
un collar azul, à modo
del que se pone à los perros?
Ros. Puede ser.
Faust. Pues él me envia
à decir que ha dado un vuelco
muy grande el coche, y q̃ en tanto:::
Ros. Dime, se llama D. Pedro?
Faust. Yo no sé, tan solo oí,
que decian los cocheros,
quando la caxa del coche
dió el batacazo en el suelo,
maldito sea el Abate
que el ganado nos ha muerto.
Ros. Ha brivones! Dónde está?
Faust. En la baxada del cerro,
se queda para limpiarse...
Ros. Qué, la sangre que se ha hecho!
Faust. No.
Ros. Ya me habia asustado.
Faust. Sino el polvo del sombrero,
y de los zapatos.
Ros. Toma
por la noticia.
Faus. Qué es esto!
que bonito relicario,
yo me le pongo en el pecho.
Ros. Abuelito, salga usted.
Man. Ves aquello?
Tom. Ya lo veo.
Man. Para los dos el trabajo.
Tom. De envidia estoy que reviento.
Sale Don Diego y Silverio.
Dieg. No le dexes ir, que Pepe
lo sentiria en extremo.
Silv. Está muy bien. *vase.*
Ros. Vaya, vamos
à recibir à Don Pedro,
que ya está aquí.
Dieg. Con qué vino?
Ves como ha sido un enredo
lo que te contáron? *Ros.* Vaya,
sirvame usted de brazero,
y tú tambien.
Se agarra del brazo de Faustina, y de D. Diego, y hecha à correr, Don Diego se suelta, no pudiendo seguirla.
Dieg. Mas despacio.
Ros. Como usted está tan viejo:::
Dieg. Muchacha ya voy, ya voy.
Mon. Habrà mayor majadero! (*ve sola.*
Ros. Con qué mano sobre mano vuelos estais? Pues y el pañuelo?
Cómo no esté festonado
quando vuelva, nos verémos.
Vase agarrandose otra vez.
Man. Dios mio, qué tarambana?
Tom. Dónde esta su entendimiento!
Man. Y el nuestro que la servimos?
vé por la labor à dentro,
y dexemos esto à un lado.
Tom. Por la labor? Ya lo huelo:
yo quiero acabar las vueltas. *vase.*
Man. Yo tambien el alzacuellos:
para hacer lo que una quiere,
una ama así es mucho cuento;
pero el relox que le ha dado
à la pastora, no puedo
digerirlo; le aseguro...
Sale Tom. Toma y pasemos el tiempo.
Sale D. Ben. Cansado de batallar
con mis tristes pensamientos,
y de averiguar la causa,
que dá motivo al despego
de Doña Rosa, à buscarla
vuelvo de temores lleno;
pero para ello, es preciso
que entre à buscar à D. Diego.

Entra en el quarto de Don Diego.

Man. Digo el novio: pobre diablo!
calla que me ocurre un medio
de vengarme de ella.

Tom. A que
es el mismo que yo pienso?

Man. Vuelve à salir?

Tom. Si, y qual es?

Man. Mi cantar lo dirá luego.

Bolera.

Si una niña en diez años,
no se conoce,
como ha de conocerla
de pronto un hombre.
El que mas sabe,
es el que mas se clava
en esta parte.

Ben. Si esto lo dirà por mi?
al otro quarto pasemos,
que en caso ya me ha ocurrido
para averiguarlo un medio.

Entra al quarto de Doña Rosa.

Man. El amiguito, ya lleva
buena pildora en el cuerpo.

Tom. Pues yo para quando salga
le voy otra previniendo.

Ben. Donde estarán? A las criadas
preguntarselo resuelvo,
sabeis niñas por ventura,
donde encontraré à D. Diego?

Bolera.

Tom. Piensa en la novia el novio,
hallar un cielo,
y en vez de cielo encuentra,
luego un infierno.
Sepan los novios,
que el casarse hoy en dia,
no es para todos.

Ben. Esto ya es mucho apretar,
de una vez salgamos de ello.

Tom. Cabizbajo se ha quedado,
mas lo estarà con el tiempo.

Terceto.

Ben. Oye niña, aquí en secreto,
tu indirecta no he entendido,
tiene Rosa algun querido,
que me pueda dar temor.

Man. No sé nada, no sé nada,
yo me vuelvo à mi labor.

Ben. Oye niña aquí un recado,
tu misterio me amedrenta,
Doña Rosa entra violenta
en el vinculo de amor?

Tom. No sè nada, no sé nada,
yo me vuelvo à mi labor.

Saca D. Benito el bolsillo.

Las dos. Que reclamo tan sonoro!
al sonido que dá el oro,
yo no puedo tolerar.

Ben. Son medallas las que suenan.

Las dos. Como el corazon consuelan:
deme usted Señor un par.

Ben. Dime, tiene Doña Rosa,
entre manos otra cosa?

Las dos. Se murmura, se moteja,
que el Maestro la corteja.

Ben. Pero es cierto?

Las dos. No lo sè.

Ben. Pues mis onzas guardaré.

Las dos. Oiga usted que ya lo sé.
Es una frenetica,
es una lunatica,
es una colerica,
es una venatica,
y luego el Maestro...
no se case usted.

Ben. Agradezco el desengaño,
y de él me aprovecharé.

Las dos. Oh qué gusto!

Ben. Qué despecho!

Los tres. Me parece que en el pecho.

Ben. Con la rabia.

Las dos. Con el gozo.

Los tres. Siento el corazon arder.

ACTO SEGUNDO.

Salen corriendo por la puerta del foro Doña Rosa y D. Pedro, canta Doña Rosa lo siguiente.

Ros. El motivo de mi prisa,
solo es este dueño mio,
usted tiene mi alvedrio,
diga usted que debo hacer:
diga usted debo casarme?
Pero en vez de responderme,
no hace usted mas que mirarme:
yo no sè que resolver.

Rop. Este es su quarto: ayer noche
lle-

llegó para mi tormento,
sin ver à usted no he querido,
ni dar mi consentimiento,
ni menos verlo; usted ha sido
mi primer amor, y quiero
que sea el último.

Ped. El asunto
exâminarlo debemos
con reflexîon, nuestro amor
es platonico, y su objeto
no se dirige al delito,
ni tampoco al himeneo,
sino à la union de dos almas,
que en amarse sin deseos,
fundan su logro. Las niñas
de un ilustre nacimiento,
por razon de estado deben
tomar esposo; y por eso,
caminar con pies de plomo
en el asunto debemos.
Digame usted, el Indiano
es hombre de muchos pesos?

Ros. Tendrá sus quatro millones.

Ped. En qué los tiene?

Ros. En dinero.

Ped. Me acomoda: tiene padres,
parientes, amigos, deudos?

Ros. No tiene à nadie.

Ped. No es malo
que no tenga consejeros.
Sus ojos de usted le han dado
flechazo?

Ros. Por mi está muerto.

Ped. Esto es lo mejor de todo.
Es ignorante, ò discreto?

Ros. De un talento regular.

Ped. Tomará usted mis consejos?

Ros. Haré quanto usted me diga.

Ped. De ese modo, hombre tenemos.
Usted se debe casar.

Ros. Pero como à usted le quiero...

Ped. Eso no se dice. Quando
se efectua el casamiento?
Quándo enciende amor la antorcha
de este placido himeneo?

Sale Don Diego por el foro con Doña Mónica.

Dieg. Ya se lo ha dicho à usted?

Ped. Mucho.

Dieg. Y lo aprueba usted?

Ped. Lo apruebo.

Ros. Señor Don Pedro... *ap.*

Ped. Usted calle,
y en todo siga mi intento.
Vamos, à dónde está el novio,
que conocerle deseo?

Dieg. Don Benito, salga usted,
que aquí está el Señor Maestro.

Sale Don Benito.

Ped. Amigo vengan los brazos;
no he visto hombre mas bien hecho.
Qué hermoso talle! qué brio!
qué rostro tan hechizero!
solo usted de Doña Rosa,
podia ser digno empleo.
No en valde por su venida
tantos votos hizo al cielo
fervorosa. Qué promesas,
que novenarios no ha hecho
por usted! Como lloraba
al considerar los riesgos
de los mares! Ciertamente
no pudo el hijo de Venus,
enlazar dos corazones,
mas amantes que los vuestros.
Qué sorprende à usted? Qué tiene,
que parece que está lelo?
Un novio que está vecino
à mirarse de himeneo
coronado, está tan tibio?
Amigo, los Europeos,
en las visperas de amor,
tenemos el termometro
de la fineza en el grado
mas alto; para el desenso,
dexe usted la indiferencia,
ò sino para aquel tiempo
en que està amor displicente,
ò quiere placeres nuevos.

Dieg. Llega y dile alguna cosa.

Ben. Soy cortisimo de genio.

Ros. Vaya, no sea usted asi,
ya sabe usted que le quiero.

Ben. Sin duda para quererme
tendrá licencia del Maestro.
Bueno está.

Ros. Mireme usted.

Ped. Usted es un majadero
de primera clase.

Ben. Como

parezco à mi novia feo...
Ros. Si fué enchanza meno mio.
Ben. Asi Señora lo creo.
Dieg. Quieres todavía mas?
Ves como se está muriendo
por tus pedazos? Qué tonto?
No desperdiciés el tiempo.
Ped. Delante de tanta gente
tiene en declararse miedo:
los tres iremos al rio
à tomar un rato el fresco,
y allí al ver à dos palomas,
como se dicen requiebros
desde la copa de un arbol,
hará por seguir su exemplo.
Llevarémos à Madama,
con marcialidad enmedio,
un brazo usted, otro yo;
vamos, no sea usted lerdo.
Ben. Estos asuntos à un padre,
tocan mas bien que à un Maestro,
Dieg. El Señor es un amigo,
y tiene interes en ello.
Ped. Interes? Mas qué interes.
Ros. Debemos mucho à D. Pedro.
Ped. Tiene usted un dón de gentes...
aunque pierda mis ascensos
literarios, esta casa
no dexaré en ningun tiempo.
Ros. No faltaba mas. Del dote,
el articulo primero
será usted.
Ped. Yo sé una dama
que hizo poner los falderos.
Ben. Como de esos dotes hay
de tales muebles compuestos.
Ped. Si esto se compone, los
dos tambien nos compondremos.
Yo le daré à usted lecciones,
para conllevar el genio
de Madama; y quando hubiese
algun nupcial rompimiento,
seré el iris de la paz
los enojos suspendiendo.
Ben Valgame Dios! Quanto distan
vuestros usos de los nuestros!
En la América, un marido
no ha menester compañero
para querer; ni si riñen
necesita medianeros,
para hacer las paces; nadie
tiene parte en sus secretos,
y à mí si llego à casarme
me sucederá lo mesmo.
Ped. Hombre, ni los Portugueses
son tan zelosos, y necios
como usted: con que usted piensa
que aun estamos en los tiempos
obscuros, en que un marido
era un compañero eterno
de su muger? la muger
yá salió del cautiverio
fastidioso en que la puso
la barbarie de los zelos.
Ya vá sola á todas partes,
ò servída del cortejo.
Yo no sé como las pobres
la paciencia no perdieron,
con la maza del marido:
marido para el almuerzo;
marido para la cena;
marido para el refrezco;
marido para el teatro;
marido para el paseo;
marido para el estrado;
y marido para el lecho.
Y marido à todas horas
huele à puchero de enfermo.
Ros. Qué pico de oro!
Mon. Qué pico,
para cortado tan bueno!
Ben. Es verdad, que la costumbre
autoriza al bello sexô
para ciertas libertades;
pero es preciso primero
saber si esas libertades
las autoriza el respeto;
no digo yo que un marido
deba ser argos eterno
de su muger, ni un tirano
que la oprima con exceso;
pero la que se convenga
á admitirme por su dueño,
sin ser maza fastidiosa
ha de saber que yo quiero,
la muger para la cena;
la muger para el refresco;
la muger para el teatro;
la muger para el paseo;
la muger para el estrado,

y la muger para el lecho;
que una muger buena al lado
honra al marido y al sexô. *va.*
Ros. Qué ridiculez?
Ped. No importa:
estos que hacen juramento
de ser maridos caribes
son los mas tratables luego,
en fin no hay que dar cuidado
usted, y yo le domarémos.
Dieg. Vamos allá.
Ros. Mire usted,
que no han de estar los cocheros
mas en casa.
Dieg. Por qué causa?
Ros. Por que han volcado à D. Pedro.
Dieg. Dejálos ya.
Ros. No Señor,
que han de salir al momento.
Ped. Dexelos usted. Los hombres
visibles deben lo ménos
volcar una vez al mes.
Nunca he estado mas contento
que quando ví el zaparrazo
que dió el coche contra el suelo.
Esto no es nada; y un macho
que atropelló á unos manchegos!
Si fué un gusto.
Ros. Por la gracia
deles usted à los cocheros
media onza: si Abelito?
Poco estimo al delantero.
Ped. Y al tronquista no?
Ros. Lo mismo.
Dieg. Ha almorzado usted D. Pedro?
Ped. Todavia no.
Ros. Por qué
no lo ha dicho usted? Corriendo
de almorzar para el Señor.
Mon. Tengo que hacer allá dentro. *vas.*
Ros. Estas ñoñas me corrompen.
Dieg. No te sofoques por eso,
que de camino que voy
à verme con los cocheros
mandarè que se lo traygan.
D. Pedro, trae usted aquello? *ap.*
el especifico.
Ped. Como
tantos asuntos á un tiempo
tengo en la cabeza...
Dieg. Ya.
Ped. Si usted quiere aquí lo harémos.
Dieg. Ahora voy à lo que importa,
y à mirar si por el cerro
se asoma mi Pepe. A Dios. *vase.*
Ros. Diga usted, y no sabrémos
como ha tardado usted tanto?
Ped. No empieze usted con sus zelos,
Ya sabe usted los encargos,
los muchos conocimientos
que yo tengo; hasta las dos
me estuvo el Baron moliendo
sobre un asunto muy grave.
Ros. Y qual es, Señor Maestro?
Ped. Le ha dado à seis señoritas
palabra de casamiento;
y ahora el infeliz no sabe
como salir del empeño.
Ros. Le está muy bien empleado,
por querer tantas à un tiempo.
Ped. Unas de otras lo sabian,
y con todo le creyeron;
si en el dia las mugeres
son muy tontas.
Ros. Ha! Siendo eso
duro.
Ped. Pero yo con bien
le sacaré del empeño.
Mientras duró la consulta,
quantos recados llovieron
de otras partes, porque fuese!
Pero como yo en el juego
estaba engolfado...
Ros. Qué,
jugó usted?
Ped. De mi reniego,
que se me escapó. Señora,
el juego que en el enredo
se ha de hacer, quise decir...
hasta que las quatro dieron
no me recojí, y despues
de reconciliar el sueño
media hora, sin ver á nadie
en alas de mis deseos,
sin almorzar, y aporreado
he llegado medio muerto
à la mansion de las gracias,
à los jardines de Venus;
à borrar con sus delicias
los pasados contratiempos.

Ros. Bravisimo.
Ped. *Gracie gracie.*
Ros. O lengua de caramelo!
Ped. Por usted no hay sacrificio
que mi amor no haga en su obsequío.
Ros. Pero haciendo usted lo mas,
no quiere usted hacer lo ménos.
Ped. Pidame usted imposibles,
que yo me obligo à vencerlos.
Ros. No pido tanto.
Ped. Hable usted.
Ros. Yo hablaria, pero temo...
Ped. Pida usted lo que usted quiera,
que todo se lo concedo.

Arrietilla.

Ros. Como me caso
contra mi gusto,
será el disgusto
fruto del amor.
Sentir,
penar,
gemir,
llorar,
es lo menor,
que he de pasar.
Mis pucheritos,
mis suspiritos,
mis lágrimitas,
empapaditas,
en este lienzo,
puedes mirar.
No me entiendes?
¡Duro afan!
si las hijas de mis penas,
no penetras facilmente,
mis ojillos claramente
lo que quieren te diràn.
Ped. Venga usted acá, y mas claro,
expliqueme ese concepto.
Ros. Todo se reduce à un punto.
Ped. Y qual es?
Ros. Que nos casemos.
Ped. Casarme? No sabe usted
que es para mí un sacrilegio?
¡Yo casarme! Soy Abate
bravio acaso? Eso es bueno
para aquellos Abatillos
de baxa extraccion. Aquellos
que para hacerse eruditos
se valen del ornamento
de la capa, ò se dedican
à traducir papelejos?
Ros. Como lo han hecho infinitos
Ped. No me ponga usted exemplos
de Ex-Abates, que me irrito
quando hechos padres los veo.
Señora, la castidad
es el principal objeto
de un Abate; los Abates
para amigos somos buenos,
pero no para maridos.
Ros. No se altere usted por eso.
Ped. Yo ultrajar la castidad!
al pensarlo me estremezco.
Ros. Hagase usted un poco de ayre:
Que esto no vea mi Abuelo?
Si es un bendito.
Ped. Señora,
de otros asuntos tratemos.
Ros. Está usted ya mejorcito?
Ped. Mejor estoy. Y el almuerzo,
quando viene? En esta casa
parece que no hay gobierno.
Ros. Quiere usted que de familia
haga que mude mi Abuelo?
Ped. Dexelo usted por ahora.
Viene ó no viene ese almuerzo?
Sale Man. Aqui está... *con el almuerzo.*
Ped. Llevadlo al quarto,
à Dios hermoso embeleso.
Man. Estèse usted quieto.
Ros. Qué hablas? *vase Manuela.*
siempre habeis de estar gruñendo.
Ped. Vamos allá.
Ros. Esta mañana,
he tenido un buen encuentro.
Ped. Cómo pues?
Ros. Como me ha dado
este bolsillo mi Abuelo.
Ped. Don Diego es muy generoso;
quántas onzas tiene dentro?
Ros. No lo sé.
Ped. Vamoslo à ver.
Es un animal D. Diego:
no sè les dá à los muchachos,
de una vez tanto dinero,
que es enseñarlos à ser
disipadores con eso.
Ros. Si usted teme que lo gaste,
guardemelo usted D. Pedro.

Ped.

Ped. Yo no quiero esos cuidados.
Ros. Porque no quisiera luego...
Sale Man. Ved que se enfrian las magras. *vase.*
Ped. Despues de eso tratarémos.
Ros. Primero quiero que usted...
Ped. Yo de intereses no entiendo.
Ros. Y si luego lo mal gasto?
Ped. De acomodarlo verémos.
Ahí ha traido de Italia
un profesor extrangero
una porcion de tocatas,
de Ayden, y otros maestros
famosos...
Ros. Y quanto piden.
Ped. Me parece que quinientos
reales.
Ros. El caso es
que yo no sé si los tengo.
Diga usted, quinientos reales
son sein onzas? *se las dá.*
Ped. Ni por pienso.
Ros. Quántas faltan?
Ped. Otras tres.
Ros. Siendo asi lo dexarémos.
Ped. Por qué?
Ros. Porque no hay mas que una.
Ped. Venga Señora el dinero.
Soy yo acaso algun tacaño?
Yo le prestaré à usted el resto.
Ros. Pocos miran como usted
por el interes ageno.
Ped. Yo soy así.
Sale Man. y Tom. Señorita
no detenga usted al Maestro.
Ros. Teneis razon.
Tom. Vaya, vamos.
Ped. No viene usted?
Ros. Como espero
à Padre.
Ped. Lo mismo tiene
que le espere usted adentro.
Ros. Dice usted bien.
Sale Mon. Señorita?
Ros. D. Fastidio. Qué hay de nuevo?
Mon. Que ya el coche de colleras
de papá se vé en el cerro.
Ros. Tiempo hay para recibirle.
Ped. Aqui el temporal y eterno
traigo à usted.
Mon. Leale usted,
y aprenda sus documentos.
Vaya vamos.
Ros. Qué cansada!
Venga usted tambien D. Pedro.
Ped. Yo no debo presentarme
hasta su debido tiempo. *vanse.*
Parece que en esta pieza
corre un poco mas el fresco
que en la otra.
Man. Diferencia
hay.
Ped. Traedme aqui el almuerzo. *van.*
Esta casa me promete
considerables aumentos:
los novios son dos muchachos,
tienen muchisimos pesos;
el pan de la boda pronto
se acaba... luego el exemplo...
cada uno irá por su lado...
de cada uno chuparémos.
Sale Man. Almuerce usted.
Tomasa saldrá tambien con el almuerzo.
Ped. Qué muchachas!
lastima es que esteis sirviendo?
Tom. No me crié en estos trapos.
Man. Ni yo nacì para ello.
Ped. Bien se conoce.
Tom. Asi usted
nos sacára de este infierno.
Ped. Quien sabe; no faltan novios;
pero son tan majaderos...
Quieres tu à un entretenido?
quieres tu Tomasa à un viejo?
No os gustan? pues una niña
no puede hacer casamiento
mas ventajoso en el dia
para vivir con sosiego.
Uno por sobra de años,
y otro por falta de pesos,
son los novios mas buscados
y hallados en estos tiempos.
Mon. Yo le quiero de oficina
con mil ducados de sueldo.
Tom. Yo le quiero mercader,
que es hombre de honra y provecho.
Ped. Tomad esta finesita;
no diréis que no os obsequio.
Man. Lo estimo.

Tom.

Tom. Infinitas gracias.
Man. Viene aquello ?
Ped. Qué es aquello ?
Tom. Viene el encargo ?
Ped. Qué encargo ?
Las dos. Lo repetiré de nuevo.

Duo.

Tom. Mire usted, por estas pecas,
no me quieren muchos novios.
Man. A mi por la dentadura,
me echan con dos mil demonios.
Las dos. Si usted nuestro bien procura,
en su mano de usted está.
Tom. De la pomada,
como quaxada.
Man. De aquella aguita
coloradita.
Los dos. Una poquita,
podia darnos
en caridad.
Tom. Para usted tengo estas vueltas.
Man. Yo este famoso alzacuellos.
Las dos. Ya se ha convenido à ello,
qué favor tan singular ?
ò frasquillos agradables!
ò frasquillos admirables!
quanta fea por bonita
en Madrid haceis pasar!
Ped. Si con quatro mil personas
pudiera tratar à un tiempo,
sabria à las quatro mil
conllevar à un tiempo el genio.
Pero aqui con un Negrillo
parece viene Silverio:
Salen Silverio y Juan Joseph.
voy à ver si à su sobrina
por estos patios encuentro.
Quando la hallé en el camino,
que me enamoró confieso.
Silv. Ese es su quarto, Negrillo.
Juan. Pues la Arquita llevarémos.
Ped. Serán joyas; me acomoda.
Silverio ?
Silv. Señor Maestro ?
Ped. Toma estos quantos habanos
que te traigo.
Silv. Lo agradezco.
Ped. Tu sobrina es muy hermosa.
Silv. Pero es un bruto tremendo.
Ped. Me ha gustado. Hasta despues;
en rezando nos verémos. *vase.*
Silv. Con estas cosas à todos
procura tener contentos;
pero no encaxa. Los Amos
à este sitio van viniendo.

Coro.

Mientras el coro, salen D. Josef, D. Diego, Doña Rosa y Doña Mónica.
Juan. Ya la alquiya está en su quarto,
conforme usia lo ordena.
Jos. Está bien. Ahora dispon
que descarguen las maletas,
los baules y caxones,
en la puerta de la huerta.
Dieg. Mas grande es.
Jos. Por eso mismo,
ha hecho usted famosa pieza
aqui, Padre.
Dieg. No está mala.
Ya ves que robusta, y bella
te he criado la muchacha.
La mano à tu padre besa,
Rosita.
Dos. Papá la mano.
Jos. Quando à besarmela vuelvas,
te has de poner de rodillas;
lo entiendes ? Y porque sepas
que ni la edad, ni el empleo
de esta obligacion dispensan
à los hijos, tu descuido
corrijo de esta manera. *(rodilla.*
Dos. Deme usted su mano padre. *se ar-*
Dieg. Dexate hombre de etiquetas,
toma los brazos.
Jos. Los padres
asi à los hijos enseñan.
Dieg. Muchacha mejor criada
que la tuya, no se encuentra
en Madrid.
Jos. Asi lo creo;
baxo la custodia vuestra,
y la de una Aya prudente,
como la que tiene, es fuerza
que estè Rosita educada
tan bien como la primera.
Mon. En su educacion, Señor,
no he omitido diligencia;
pero...
Jos. Sé vuestra eficacia,
y vuestras brillantes prendas

por

por vuestro tio.
Dieg. Despues
trataréis de esas materias.
Sabes Pepe lo que digo?
Jos. Qué padre?
Dieg. Que representas
veinte años mas que tu padre.
Jos. Las fatigas de la guerra,
los cuidados de un gobierno::-
Dieg. Hombre quantas canas peinas:
tu estás mas viejo que yo.
Al verte dirá qualquiera
que eres mi padre. Pepito
para las dos ¿donde quedan
los tesoros, las bajillas,
las alhajas, y preseas
qué adquiriste en el gobierno?
donde están?
Jos. En mi conciencia,
en el honor.
Dieg. Ya sé yo
de la manera que piensas;
pero como allá se ahorra...
Jos. Lo harán aquellos que puedan;
pero yo vengo empeñado.
Dieg. No te me vengas con esas...
Jos. No lo dudeis; y aunque el Rey
mis méritos recompensa
con un gran sueldo, no es dable
que pueda pagar mis deudas,
si la boda de mi hija
no se efectua: le peta
el novio?
Dieg. Por él se muere.
Jos. Y Benito gusta de ella?
Dieg. Lo propio. Pero la enfada
por la cortedad que muestra.
Jos. Donde está?
Dieg. Estará en su quarto.
Jos. Mucho estraño que no venga
à recibirme. No importa,
con él no gasto etiquetas,
luego lo veré, y la boda
dexaré con él compuesta.
Quién es esa pastorcita?
Silv. Una servidora vuestra,
y mi sobrina.
Jos. Ha crecido.
Silv. Pero es cada vez mas bestia.

Sale Faustina sin atender à nadie llorando.

Canta.

Faust. Mire usted, mi tio, que aqui
me le vió;
mire usted, mi tio, no sé que pensó
que me le quitó,
ay pobre de yo!
Se queda à un lado sollozando.
Jos. La sobrina de Silverio
es lo mismo que unas perlas.
Dieg. Esa es hermana de leche
de Rosita. No te acuerdas?
Jos. No me he de acordar ¿què tienes?
el sollozo no la dexa
proferirlo. Què te han hecho
que tanto llanto te cuesta?
Faust. Mire usted, mi tio, que aqui
me le vió;
mire usted, mi tio, &c.
Jos. Què te ha quitado tu tio?
Faust. Me ha quitado... Su excelencia,
usía, usted que lo sabe,
à volver por mi honra vengo.
Jos. Quièn te la quitó?
Faust. Mi tio.
Jos. Tu tio? De que manera?
Faust. Diciendome que yo soy
que sè yo... que à una doncella
no le es licito tomar...
que he perdido la verguenza;
y como yo no sé donde,
ni como pude perderla,
ando de aqui por alli
como loca, en busca de ella.
Jos. No regañes à la chica.
Silv. Noramala para ella.
En vuestra casa le han dado
segun dice aquesta muestra;
alla es linda, ya lo veis;
y si alguno lo supiera
diria siendo mentira,
que era con siniestra idea.
Faust. Ahora señorita es tiempo
de que usía me defienda.
Ros. Yo le dí, padre, el relox.
Faust. Ya se ve que sí, por señas
que fué por que yo le dixe,
que un señor estaba cerca.

Jos. Si fuè por Benito, aplaudô
infinito su franqueza.
Faust. No es Benito, un Señor viudo,
que tiene una capa negra
chiquitita.
Jos. Quien es ese?
Dieg El que à la muchacha enseña.
Jos. No está tan bien educada
la muchacha como cuentan,
y me es sensible. Estas ayas
son solo unas bachilleras.
Quando dés alguna cosa
no la has de dar por grandeza,
ni capricho, sino solo
porque resulte bien de ella.
Lo has entendido? Una vez
que aun no son las nueve y media,
quiero descansar un rato.
Dieg. Este es tu quarto.
Jos. Quisiera...
nada; donde está Benito,
padre?
Dieg. Está en estotra pieza.
Jos. Esta aya... el Maestro... en fin,
esto requiere prudencia.
Dieg. Parece que estás confuso,
Pepe?
Jos. El sueño me molesta.
Dieg. Vamonos.
Ros. Que mala cara
tiene papá.
Dieg. No quisiera
que despertasen à Pepe,
hasta que las once dieran.
Ros. Digaselo usted al negro.
Mon. Dónde está el negro?
Dieg. Allá fuera,
à Dios. *vanse.*
Jos. Ya se fueron todos,
bien me ha salido la idea;
el descuido de Benito
mis confusiones aumenta,
entro à verle; què he mirado!
Discursivo se pasea.
Què es esto, que à mi venida
no das de alegria muestras?
Tú tienes alguna cosa.
Sale Ben. Me acordaba de mi tierra,
y envevido en su memoria,
se me pasó:::-
Jos. Tú tristeza
dimana de otros principios,
no quiero nada por fuerza;
si Rosa no te ha gustado
dilo claro, nada temas;
ya sabes con la honradez,
y el desinteres que piensa
tu amigo y padre; habla claro;
te parece Rosa fea?
Ben. No Señor, muy al reves.
Jos. Discurres que es altanera?
Ben. No por cierto.
Jos. Tiene cosa
que se oponga à su modestia?
Ben. Lo contrario.
Jos. Te parece
que serás feliz con ella?
Ben. Como tan poco la he visto:::-
Jos. Quieres mas despacio verla?
Lo apruevo:::- pero te gusta?
Sin responderme me dexas?
Ven acá que has visto en Rosa?
Ben. Nada Señor, que no sea
propio de su lustre; pero
que sé yo:::- las Europeas:::-
hay tanto luxô en España:::-
pues Señor, mi indiferencia
al amor, ha dimanado
de una reflexîon muy seria,
que hice sobre esto, y el juicio
aprendió por medio de ella,
que la molicie, y el luxô
que en las Europeas reyna,
amortiguó los afectos
que engendra naturaleza
en las mugeres que fundan
su ambicion en ser caseras;
me hizo ver palpablemente
que muy pocas de ellas piensan,
que deben sus diversiones
ser su familia; la tierna
complacencia del hijito,
que con su sangre alimentan,
su satisfaccion; el zelo
de su casa, y la obediencia
al esposo, sus placeres.
Este descuido que muestran
à sus deberes, y el ansia

que en dexarse ver emplean,
à que juntan el cuidado
de engalanarse, de ir sueltas
por las calles, y tener
maestros que las enseñan
con pretexto de instruirlas,
cosas que ignorar debieran;
dá à entender, que vendrá dia,
que el decòro, la modestia,
la fe conyugal del sexô,
tendrá que huir á las selvas,
á fundar en los hogares
del pobre su residencia,
si es que dexa la locura
que aun entre ellas permanezca.
Esta pintura infeliz,
que con tintas tan horrendas
hace el discurso à la vista
de la corrupcion que reyna
en las costumbres, no tiene
en vuestra hija trascendencia;
pero soy raro; y en tanto
que estos abusos no vea
correjidos, al amor
pienso cerrar las orejas,
dedicando el tiempo ocioso
á las delicias que engendra
la lectura de los libros,
y la amistad verdadera.

Arietilla.

El que vé el mar ayrado
y su furor provoca,
si en sus escollos choca,
no se queje del mar.
Quejese de su arrojo,
quejese de su antojo,
que el que desprecia el riego,
su efecto ha de provar.

Jos. Valgame Dios! Qué de dudas
ha concebido la idea
sobre Rosa, infeliz hija!
Infeliz padre, si fuera
de esta critica ella el blanco;
pero averiguarlo es fuerza
para ver:::-

Sale Juan por el foro.

Juan. Ya siol está
levantado.
Jos. Di que venga
mi padre; marchá que tardas?
Juan. Doña Monilga, quisiera
hablar à Usia.
Jos. Monilga?
Què Monilga?

Doña Mónica se dexa ver por la puerta del foro.

Juan. Siol, aquella
banca, que el vestido neglo
por las espaldas le cuelga.
Jos. No te entiendo.
Juan. Pues Siola,
siol no entiende las señas.
Jos. Con quien hablas?
Juan. Con la banca
que trae el vestida negla.

Sale Doña Mónica por el foro.

Mon. Conmigo.
Jos. Y què quiere usted?
Mon. Hablar à Usia quisiera
à solas, por un momento.
Jos. Salte Juan Josef allá fuera,

Vase el Negrillo.

si viene à que la regale, *ap.*
muy mal regalo la espera.
Qué tiene usted que decirme?
Mon. Dos palabras, que son estas.
Yo he resuelto irme à mi casa,
si Usia me dá licencia.
Jos. Estraño, que para hacerlo
esperara usted mi vuelta.
Mon. Sino lo hubiera hecho asi,
ni con Usia cumpliera
ni conmigo; quando à Usia
mi tio le dió allá cuenta
de la eleccion que en mi hicieron,
nombrandome por maestra
y aya de la señorita;
demostró su complacencia
y aprobacion, escribiendo
que la niña subsistiera
hasta su vuelta, al cuidado
de una muger de mis prendas.
Jos. Es verdad quanto usted dice;
pero fué en la inteligencia
de que usted con sus deberes,
como era justo cumpliera.
Mon. Por no poderlos cumplir,
tomo aquesta providencia.

Jos. Pues quien se lo estorva à usted?
Mon. Señor, hay ciertas materias
tan delicadas:::- no debo,
ni puedo mezclarme en ellas.
Jos. Usted con esas palabras,
de confusiones me llena:::.
venga usted aca, no hay cosa
que no aumente mis sospechas:::-
usted dice que se vá,
porque cumplir no la dexan
con sus deberes?
Mon. Es cierto.
Jos. Quién no la dexa?
Mon. Sintiera:::-
Jos. Hable usted claro, qué duda?
Mon. De Usia la trascendencia
sin que nadie se lo diga,
conocerá bien apriesa
de la mala educacion
de su hija, la primera
causa.
Jos. El mimo de mi padre:::-
Mon. Mejor fuera que dixera
Usia la corrupcion,
que en la educacion moderna
se ha introducido. Los padres
ni su vigilancia emplean,
ni su conato en que una hija
con la educacion adquiera
una alma noble y constante,
una intencion sana y recta,
un corazon que en sí encierre
la semilla de las buenas
obras, y de las virtudes
que ha de practicar; emplean
su conato y vigilancia
en que aprenda vagatelas,
que si no son perjudiciales,
à lo ménos son superfluas.
Señor, quando el desarrollo
de los sentidos empieza,
quando la razon descubre
aunque en sombras sus ideas,
un maestro del bolero,
del instante se aprovecha,
y aquel pequeño talento,
que la niña manifiesta,
hace que lo emplee todo
en mover los pies y piernas.
La educacion de una niña,
por este principio empieza,
quáles son despues los fines,
el principio manifiesta.
Jos. Y mi hija está educada
con máxîmas tan perversas?
Mon. Si Señor.
Jos. Luego mi padre:::-
Mon. La mucha condescendencia
de su merced, dió motivo
à que la niña adquiera
à lo primero resabios,
que tarde ò nunca se dexan.
Despues su credulidad,
le sugetó à las ideas
de un Abate, que à la niña
tiene la cabeza vuelta.
Jos. Digame usted, y ese Abate
abusó de su inocencia?...
Mon. Estaba yo de por medio.
Jos. Respiremos. Qué la enseña?
Mon. Nada, porque nada sabe.
Jos. Por qué padre le tolera?
Mon. Su mucha credulidad:::-
el mucho amor á su Nieta:::
Jos. Pero quien es ese Abate
que tanto daño acarrea?
Mon. Un tuno, que habiendo sido
inutil para las Letras
y las Artes, se vistió
de Abate, y con esta treta,
se introduxo en los estrados,
en los cafés, y las tiendas
de Madrid, donde ha logrado
porque canta, representa,
y bayla; que por el hombre
mas erudito le tengan,
y civilizado; ahora,
segun él dice, se emplea
y se fatiga en sacar
del seno de la baxeza
y la barbarie à las Damas
Españolas; y pues queda
de todo Usia informado,
yo me voy con su licencia.
Jos. No abandone usted à un padre,
en situacion tan adversa:
qué arbitrio adoptar podria
para enmendar sus demencias?

Bastará el de el matrimonio?
Mon. Con él tomarán mas fuerza.
Jos. Y encerrarla en un convento?
Mon. A despecharse está expuesta.
Jos. Y dando à usted facultades?
Mon. No quiero que otra vez vuelva
à castigar mis avisos,
con acciones muy groseras.
Jos. No me dexe usted: apliquemos
el remedio que convenga
à su enfermedad.
Mon. Bien pronto
los tristes efectos de ella,
para aplicarle el debido,
darán à Usia materia.
Jos. Está bien; pero mi padre:::-
A fin de que no comprenda
que caminamos de acuerdo,
vayase usted à esotra pieza.
Mon. Para complacer à Usia,
no habrá cosa que no emprenda. *va.*
Jos. El exâmen de este asunto,
remitirlo à la experiencia
es necesario; deseaba
Sole Don Diego.
con afan que usted viniera,
para hablar de Rosa; tantos
primores de ella me cuentan,
que estoy absorto.
Dieg. Por muchos
elogios que te hagan de ella,
se quedan cortos. Con solo
decir, que antes que tubiera
siete años, ya redoblaba
mucho mas las castañuelas
que otra de quince, verás
si su mérito exâgeran.
Jos. Con qué tambien toca?
Dieg. Sobre
que arrebata las potencias.
Tú querras verla?
Jos. Pues no?
Dieg. Yo dispondré que la veas,
sin ser visto, que los padres
siempre à los hijos sujetan.
Jos. Quándo lo verémos?
Dieg. Luego.
Pepe mio, en esta tierra,
la mayor gloria de un padre,
es tener la hija bolera. *vase.*
Jos. Ya lo sé. Siglo ilustrado,
edad en que todos piensan;
si tu ilustracion se funda
solo en estas bagatelas,
el tiempo de la ignorancia
al ilustrado suceda.

ACTO TERCERO.

Aparecen acabando de comer debaxo del emparrado, Silverio, Manuela, Tomasa, Juan Josef cantando el siguiente.

Coro. Brindemos à Baco,
brindemos à amor,
con el dulce nectar,
del suave licor,
viva Baco, víva amor.
Sale Don Josef.
Jos. Juan Josef, luego que acabes,
vente conmigo à esta pieza.
Juan. Está bien siol.
Jos. Los criados,
ya se sabe, que en la mesa
es donde contra los amos,
desenfrenan mas la lengua,
y asi quiero:::-
Juan. Ya acabé;
qué es lo que Usia me oldena?
Jos. De qué asunto en la comida
han tratados las doncellas?
Juan. Primero hablando de cosas,
que el Negliyo no penetra.
Despues dixeron que Usia,
trae à trompones talegas
del Perú, y me preguntáron,
si sabia quantas eran.
Luego dixéron que el novio
mira con indiferencia
à la novia; que D. Diego,
el amo mayor chochea,
que Neglos no somos hombrs:::
Jos. Hombres son, aunque se empeñan
ciertos Europeos cultos,
en tratarlos como à bestias.
Juan. Que la señorita tiene
los cascos à la gineta:::-
Jos. La señorita!

Juan.

Juan. El Neglillo;
sino que maldita lengua:::-
Jos. Te equivocastes. Finjamos.
Del Abate que la enseña,
qué dixéron ?
Juan. El Abate,
es una aguacila negla,
que en vez de ver por los ojós,
vé por un vidrio que lleva
en la mano ?
Jos. El propio.
Juan. Pues
de ese hicieron las doncellas
mil elogios.
Jos. Y Silverio,
apoyaba sus ideas ?
Qué decia ?
Juan. Las miraba:
hacía hu ! Y la botella
empinaba.
Jos. Es necesario
que averigues con cautela,
lo que dice del Abate,
la familia, lo que piensa
de él; en fin si...Nada mas,
esto me basta que sepas,
y me lo dirás despues
sin que ninguno lo entianda.
Estás ?
Juan. Ya comprendo à Usia.
Jos. Cuidado con que me vendas. *vas.*
Juan. Soy Neglo leal, y en el alma
he sentido la advertencia:
ya comiéron, por si vienen
hácia aquí de sobremesa
á hablar; voy por la bandurria,
para encubrir mis ideas.

Salen Manuela y Tomasa por la puerta del foro.

Terceto.

Las dos. Entre tanto que los amos,
gozan del jardin ameno,
compañera, será bueno,
la ocasion aprovechar.
Tom. Este quarto,
un espejo ha de tener:::-
Man. En esotro,
otro juzgo que ha de haber.
Las dos. Probarémos los efectos,
de estos frascos tan selectos,
que dan brillo à la muger.

Antes de beberse acabado el duo, sale Juan Josef con la bandurria en la mano.

Juan. Si lo neglo enamoramo,
à la banca que queremo,
al instantito la damo,
todo aqueyo que podemo.
Como el oro damo del Perú,
nos hacen las bancas el bú,
lu lu lu.
Pues no hacen caso,
á abrir yo paso,
siola doncella ?
Tom. Quien llama ? *desde dentro.*
Juan. Yo.
Tom. Achi.

Asoma la cabeza, y cierra pronto.

Juan. Pues me ha espantado,
iré à este lado,
siola doncella ?
Man. Quién llama ? *desde dentro.*
Juan. Yo.
Man. Achi. *desde dentro.*
Juan. Oye chiquita.
Tom. Achi.
Juan. Oye monita.
Man. Achi.
Las dos. Achi achi achi.
Juan. Maldita, maldita,
lo queléis dexar,
que tanto estornudo,
me hace estornudar.

Sale Don Pedro.

Ped. Qué escandalo! Qué maldad!
con un negro unas doncellas ?
Sabeis que es un negro ?
Juan. Un hombre
como tú, y como qualquiera.
Ped. Es verdad; pero se forman
del pos de naturaleza,
y así, á esclavos de blancos,
el destino los condena.
Juan. Sobre eso::-
Ped. Vele de ahí.
Juan. Siol dice:::-
Ped. Sate allá fuera.
Juan. Ya nos vamos; à escuchar
des-

desde el cancel de la puerta. *vase.*
Man. Qué no nos dice usted nada?
Tom. Usted de nada se acuerda?
mirenos usted.
Ped. Lo veis?
Man. Si este recurso no hubiera,
pobres feas.
Ped. Que las lindas
no se valen de esta treta
igualmente? Sin el arte,
qué sirve naturaleza?
No nos cansemos, sin él
no hay hermosura perfecta:
La quebrada de color,
la emborronada de pecas,
la escurrida de cintura,
la de estatura pequeña,
la calva, la juanetuda
à no ser por la manteca,
los tacones, el peynado,
el *puf*, y el *rus*, consiguieran
hacer alardas de hermosas
aunque mas hermosas fueran
que la madre de Venus? Hijas,
la belleza descompuesta
de nada sirve, es preciso
con el arte componerla.
Tom. Y las gentes no conocen,
que es contra hecha esa belleza?
Ped. Como de esas cosas y otras
tragan en Madrid contrahechas.
Man. Lo que sabe usted, D. Pedro!
Ped. No ves que he sido, Manuela,
de aquellos que no hay cotarro
en la Corte que no sepan?
Yo he sido puntal perenne
del mostrador de las tiendas
de la puerta del Sol. Yo
he sido el primer adleta
del Prado; yo he gobernado
el patio de la comedia,
yo he paseado los claustros
de la Soledad las siestas
de verano, donde el fresco
y las noticias encuentran
los vergonzantes ilustres,
que viven junto á las tejas.
Yo he sido el primer hermano
de la santa caldereta
de los Capuchinos; yo
he leido la Gazeta
por un quarto, y el Diario
por un ochavo; y en prueba
de que sé de todo, he sido
chulo de à pie de una vieja:
con que habiendo sido tanto,
no es raro que tanto sepa.
Tom. Y era por necesidad?
Ped. No te imaginé tan bestia.
Los hombres de mi caracter,
se humillan por opulencia.
Man. Como de esos yo conozco.
Ped. Qué la pastora no venga!
Tom. Qué busca usted?
Man. A su sombra.
Ped. Quién es mi sombra, Manuela?
Man. Hagase usted el tonto,
Tom. Vaya,
regalale las orejas,
dile que es la Señorita.
Ped. Qué locura! Aunque eso fuera,
à su consorte futuro
renuncio la pertenencia.
Tom. Vaya, vaya:::-
Ped. No seas tonta. *Tom.* No lo creo.
Ped. No lo creas.
Man. Qué le parece à usted el novio?
Ped. Me parece:::- Pero él llega:
idos, que à tratar con él
he venido una materia.
Man. Si es la pastora. *Ped.* Idos digo,
y no seais mas bachilleras.
Tom. No se enfade usted por eso.
Man. Vamos à dormir la siesta. *vanse.*
Ped. Aunque soy el protector
de esta clase de bellezas;
en todo tiempo antepongo,
las simples à las compuestas.
Sale Faustina distraida. Canta.
Resuelvo que si,
resuelvo que no,
y entre no, y que si;
y entre si, y que no;
ni resuelvo si,
ni resuelvo no.
Ped. Aquí no hay trampa: aun intactas
Mirandola con el anteojo.
las perfecciones conserva.

Ven

Ven acá, qué estás pensando?
Piensas sobre la materia
que te dije?
Faust. Si señor.
Ped. Y qué resuelves sobre ella?
Faust. Resuelvo que si,
resuelvo que no,
y entre no, y que si, &c.
Ped. Puesto que nada resuelves,
quedate con tu indiscreta
irresolucion; que à mi,
nada me importa que vengas,
ò que no vengas.
Faust. De modo,
que yo bien me resolviera,
si supiera que no erraba;
pero como sé que yerran
las niñas que se resuelven,
y sus yerros no se sueldan
jamas; vele usted ahí
porque à nada estoy resuelta.
Ped. Quedate à ser montaraz
una vez que lo deseas.
Faust. Pero en Madrid, diga usted,
para qué puedo ser buena?
Ped. Para tanto:::- nadie sabe
lo que vale una belleza
en Madrid, quando sus mares,
con viento en popa navega.
Faust. Pues ya no voy.
Ped. Por qué causa?
Faust. Porque decia mi abuela,
que todo aquel que se embarca,
de naufragar está cerca.
Ped. No seas tonta; en quatro dias
tienes tu fortuna hecha.
Faust. De què suerte?
Ped. De la suerte
que la han hecho otras diversas;
casandote con un amo,
que se arrime à los sesenta,
ó siendo ama de gobierno,
de un celibato que tenga
muchos empleos, y pocos
con quien consumir sus rentas;
verás con estos arbitrios,
como vás tan petimetra,
en lugar de estos adornos,
vestirás preciosas telas.
Faust. Pero quien me las dará?
Ped. Las hermosas las encuentran.
Faust. Valgame Dios! Quién diria
que habia en Madrid tan buenas
almas.
Ped. Como de esas almas
se encuentran hallá à docenas.
Faust. Con qué en lugar de estas pieles,
tendré vestidos de tela
de zedazo?
Ped. Qué zedazo?
Faust. De aquello que se clarea.
Ped. A eso llaman musulina.
Faust. Mocholina, ó lo que sea,
y tendrè Don?
Ped. En Madrid
hay pocos que no le tengan.
Faust. Segun eso, pocas gentes
conocerán la miseria.
Ped. Por qué?
Faust. Porque con el Don
la remediará qualquiera.
Ped. Cómo?
Faust. Echandole en la olla,
quando que comer no tenga.
Ped. Qué simple! el Don es honor.
Faust. Y el honor de qué aprovecha?
Ped. De mucho. *Faust.* Pero se come?
Ped. Comen con él, y comercian
con èl: mira si el honor
con justa causa se aprecia.
Faust. Yo estoy lela.
Ped. Te acomoda?
Faust. Mucho.
Ped. Pues de esa manera,
te ofrezco llevar conmigo,
quando à la Corte me vuelva.
Faust. De veras?
Ped. No la ha de ser.
Faust. Siendo asi, voy á dar cuenta
de ello al tio, al capataz,
al zagal, à las doncellas,
á los mozos:::-
Ped. Qué locura!
Esas cosas se conservan.
No ves que el tio te quiere
tener una esclava hecha,
y se opondrá à tus proyectos,
si acaso tu se lo cuentas?

Faust.

Faust. Quién lo creyera!
Ped. Ay de tios,
hoy dia mala cosecha.
Faust. Cómo me he de ir con usted,
sin que ninguno lo sepa?
Ped. Antes de enganchar el coche,
te vas con tiento, y me esperas
al otro lado del cerro;
ya lo verás, nada temas.
Faust. Quàndo nos irémos? Quándo?
Ped. Ten un poco de paciencia.
Faust. Qué Señor tan bueno! Vaya,
sin deberme tan siquiera
un favor, de hacerme Doña
se ha tomado la molestia.
Ped. Por tu buena cara.
Faust. Ya.
Ped. Vaya, toma esta fineza,
y vete.
Faust. Qué me dá usted?
Ped. Alfiñique.
Faust. Ay que se pega
en los labios, esto es liga.
Cazan con esto á las hembras
en Madrid? Qué bien que sabe!
Ped. Mejor te sabrán las hiemas.
Faust. Quién diria que en Madrid
habia cosas tan buenas. *vase.*
Ped. Es lastima que à la Corte,
robe el campo estas bellezas.
Aquí viene el penitente,
prevengome de cautela.
Saca de la faltriquera unos papeles, y hace que lee. Sale D. Benito.
Ben. Qué estará leyendo el tuno
del Abate?
Ped. La Marquesa,
en vano para su hijo,
pide à Doña Rosa.
Ben. Es fuerza
fijar aquí la atencion.
Ped. Dale bola. La Tenienta
Generala, con su primo,
tambien casarla desea:
el Conde pide lo mismo:
lo mismo la Vizcondesa:
si es el prodigio de España;
no lo estraño; pero ella,
por su tierno Don Benito,
á todo el mundo desprecia.
Ben. Este papel se os cayó.
Ped. La carta es de la Marquesa.
Ben. No he visto carta en mi vida,
que diga al principio: cuenta
de los meses de una cama
alquilada à la Vicenta
la Valenciana, que debe
Don Pedro de Toaleta.
Le alquila usted alguna cama
por ventura à la Marquesa?
Ped. Aquí está; en ese papel
vino embuelto un par de medias,
demele usted. Estas cartas
su fortuna manifiestan:
todo el mundo solicita,
aquello que usted desprecia;
pero yo espero que usted
à la razon se convenga.
Esta tarde dexarémos
concluida la materia.
Ben. Cuide usted de sus negocios,
y en los de otro no se meta. *vase.*
Ped. Solamente sequedades,
saco en limpio del postema
del Americano; pero
Doña Rosa aquí se acerca.
Sale Doña Rosa.
Ros. Metida entre los dos viejos,
se me ha hecho la hora y media,
siglo y medio; pero en tanto
que registraban la alverca,
por el lado del vivero,
escapé sin que me vieran,
porqué no vivo aquel rato,
que no estoy en su presencia.
Ped. Digo y yo? Es indecible
el mal humor, la jaqueca
que he tenido en tan penosa,
en tan dilatada ausencia.
Ros. Yo lo creo.
D. Diego y D. Josef se dexan ver en el foro, éste hablando con Juan Josef.
Jos. Vete y calla.
Dieg. Qué te ha dicho?
Jos. Una friolera.
Dieg. Pues no nos vén, con cuidado
les ganarémos la puerta:
tú verás como Don Pedro,

es distinto que tú piensas.

Ped. Lo repito, à no ser que
he sofocado mis penas,
elevando el pensamiento
hácia el mar de las estrellas,
buscando la direccion
que han de tener las aereas
naves, que abruman las ondas
de las nubes de la esfera
para que prosperamente
llegar algun dia puedan
à la playa de las siete
cabrillas los que se emplean
en la nautica celeste,
sin duda muerto me hubiera.

Dieg. Lo ves? lo ves? Hasta es
Aereonauta.

Jos. Si eso fuera,
le debia toda Europa,
tributar gracias inmensas.

Ros. Es mucho lo que usted sabe.

Ped. Mientras se pasa la siesta,
el juego de la mantilla
repasemos; mas quisiera...

Ros. Para que es llamar à nadie,
yo iré al instante por ella. *vase.*

Ped. La principal instruccion,
de una dama petimetra,
es manejar la mantilla
y el abanico por reglas.

Sale Doña Ros. Aqui está.

Ped. Pongase usted
la mantilla en la cabeza:
quando usted estrene cofia,
y quiera que otras la vean,
se pone asi; que se llama
la mantilla à la gineta:
quando haga un poco de frio,
se pone de esta manera,
que llaman las Andaluzas,
mantilla à la picaresca:
para ir temprano al Prado,
ò al camino de Vallecas,
la ha de llevar asi hechada,
y si es dable ha de ser negra,
y á esto llaman la mantilla
à la vergonzante.

Jos. Buenas
lecciones padre, à la niña
le dá el Abate.

Dieg. Le enseña
aquello mas puesto en uso
entre nuestras petimetras:
es un gran chico.

Ped. Ya basta,
aquella postura nueva
del bolero repitamos:
pongase usted á la vela.

Ros. Asi?

Ped. Un poco mas adentro
ese talon; mas afuera
esa punta, alce usted el brazo,
doble usted esa muñeca;
al golpe del bien parado,
de esta manera se queda.

Dieg. Bendito seas... Lo ves?
sino hay en Madrid bolera
como tu hija.

Ped. Dacapo.

Ros. Dacapo, qué bien que suena!

Dieg. Esto es nada; en las cabriolas,
si vieras como se eleva,
ni la Tantini.

Jos. Ha salido
la noticia en todo cierta.

Dieg. Pues quando la oigas cantar
la cavatina que empieza
asi *eco pipino émorto*; *canta.*
la canta con mas destreza
que yo; sobre que el Maestro
dice que se las apuesta
á la Todi.

Jos. Qué locura!

Dieg. Sabes qué digo? Que es fuerza
que te espliques con el Maestro,
dandole alguna fineza.

Jos. En eso estaba pensando.

Dieg. Oh qué propina tan buena
le espera á usted!

Ped. Muchas gracias.

Dieg. Ya mi hijo tiene una idea
de los rapidos progresos
que ha hecho usted con mi Nieta.

Ped. Habiendo hallado en Madama
una materia dispuesta,
para todo, las consultas
de mas grandes conseqüencias,
las pretensiones pendientes,

las

las amistades estrechas,
y otras cosas reservadas
al honor que me grangea
la enseñanza de Madama,
hice sacrificio de ellas;
y lo doy por bien empleado
por lo ayroso que me dexa.
Crea usía que ha tener
de un Ciceron la eloqüencia,
como hizo Plinio à Trajano
un panegirico hiciera
à Madama en donde...
pero basta para prueba
de que estimo su talento
saber que escribo un poema,
didactico en su alabanza
siendo usía su Mecenas.
Jos. Qué charlatan!
Dieg. Otras gracias
tiene D. Pedro à mas de estas.
Le vés? le vés? En Madrid
no hay Dama que no le quiera.
Ped. Disparate! quando alguna
ese mal gusto tuviera,
mi indiferencia al amor
corrigiera su demencia.
Jos. Qué hallan en usted las Damas,
que tanto les envelesa?
Ped. Yo no lo sé, porque yo...
Dieg. Hijo mio no lo creas,
sabe el Señor tantas cosas...
diga usted algunas de ellas.
Ped. Si las alabanzas propias
no parecieran molestas,
dixera de mi que hay pocos
que entiendan de las materias
que yo entiendo; con el mismo
primor difino un sistema
de descartes, que difino
si las castañuelas hembras
tienen mejor el sonido
que las machos.
Jos. Sois de ciencia
un pozo.
Ped. Como que soy
el Abate Biblioteca.
Jos. Pero usted es músico, ò que es?
Ped. Músico yo? Qué baxeza!
Aunque toco, canto, y baylo
con muchisima destreza,
es en clase de virtuoso
ò *diletante*.
Dieg. Quisiera
que oyeses cantar à Rosa
lo que Don Pedro la enseña.
Jos. No tengo reparo.
Ros. El clave?
Dieg. Cuidado con las corcheas.
Sacan el clave, y Don Pedro se sienta en él, y hace que toca, y Doña Rosa canta la siguiente Cabatina.
Ros. Al ver que con flores
liga amor los brazos,
los floridos lazos
buscan del amor.
Se secan las flores,
y de una cadena,
que forjó la pena,
sufren el rigor.
Jos. Me parece bien, conozco
que es muy del caso que aprenda
una doncella à cantar,
despues que otras cosas sepa.
Ped. Quanto una educacion fina
prescribe, tanto sabe ella.
Jos. Sabe en una camisola,
como el hombrillo se pega?
Dieg. Hombre tu sueñas? Acaso
tu hija ha de ser costurera?
Jos. Si no sabe eso, sabrá
como se hace una calzeta.
Dieg. Calzeta! tu estas creyendo
que tu hija ha de ser Doncella?
Jos. Sabe gobernar la casa?
Dieg. Es Mayordomo mi Nieta?
Ros. Qué cerril viene papá!
Ped. Mucho pelo de la Desa,
trae encima, Doña Rosa.
Jos. Ya que ignora las haciandas
de una casa, los deberes
de una señorita honesta,
sabrá bien.
Dieg. Preguntala
por las mejores novelas.
Jos. Pues padre, si el gobernar
una casa, hacer calzeta
y coser, es de criadas
doncellas, y costureras,

baylar, tocar y cantar,
y saber ser petrimeta,
es solo de baylarinas,
operistas, y coquetas:
en este supuesto usted,
tome al instante la puerta,
sin buscar con la tardanza
que le eche de otra manera:
tu niña al lado del Aya,
prevente para la enmienda;
y si esto no te acomoda,
tomaré otra providencia. *vase.*

Dieg. Pepe, Pepe, yo estoy lelo.

Al tiempo de irse Don Josef por la puerta del foro, encuentra à Doña Mónica, hablan un instante en secreto, y se entran corriendo.

Ped. Aquí hay alguno que enreda.

Ros. Si fuese el Aya...

Dieg. Ella es,
que con Pepe cuchichea.

Ros. Mire usted la santurrona:
me las pagará por estas:
donde irán?

Ped. Señor Don Diego,
un sugeto de mis prendas,
no está hecho á tolerar
semejantes insolencias;
y asi me voy à Madrid,
aunque el corazon lo sienta. *vase.*

Dieg. Señor Don Pedro por Dios...

Ros. Pero él se marcha de veras.
Don Pedro? Llamele usted.

Dieg. Como en vez de correr, vuela.
pronto reñiré con Pepe,
como me haga muchas de estas. *van.*

Ros. Yo sola! yo sin Don Pedro!
como à la Quinta no venga,
no me ha de parar criado...
No me ha de quedar doncella....
Se han de acordar de mi todos...

Sale Don Benito.

Ben. Que voces tan descompuestas...

Ros. No le quiero á usted; usted
trae la casa revuelta,
usted ha ido à papá
con chismes. Si lo supiera...

Ben. Reportese usted Señora,
no piense con tal baxeza,

Ros. Si yo no le quiero à usted.

Ben. Le digo à usted que me quiera?

Ros. Sobre que no es usted digno
de obtener mi mano bella.

Ben. Por ventura alguna vez
le he dicho à usted que lo sea?

Ros. Quando le hubiera mirado?
quando hablado yo le hubiera
si Don Pedro no mediara?
pero esta es la recompensa
que le dan al pobrecito
de mi alma... como no vuelva,
como el padre no le llame,
haré la Quinta pavesas,
haré...

Ben. Lo que usted ha de hacer,
es aplacar su fiereza,
y fortalecer el juicio,
por medio de esta advertencia.

Rondo.

No desdeñe el rio ufano
al arroyo temeroso,
que si de agua está copioso,
del arroyo la bevió.
Asimismo la que es linda,
no desdeñe al desdichado,
que si por linda ha pasado,
à su elogio lo debió.
La dengosa,
la mimosa,
la coqueta,
la veleta.
tome bien esta leccion... *vase.*

Ros. Como se entiende el fantasma,
tratarme à mi de veleta?
Yo he de hacer un disparate
como Don Pedro no venga;

Sale Don Diego.

pero el Abuelo? Abuelito,
logró usted se detuviera?

Dieg. No, Rosa; pero Silverio
fué tras de él à toda priesa,
pero no quisiera luego...
ya lo ves, todos se empeñan
en que te enseña unas cosas...
sentiria que dixeran
que contribuyo à criarte...

Ros. Tambien usted se revela
contra mí? tambien usted

en hacerme infeliz piensa? *llorá.*
Dieg. No pienso tal; mas no quiero
que me traigan entre lenguas.
Ros. Ponerme mal con usted, *llora.*
ya logró la envidia fiera,
porque quiero à mi Abelito
mas que à nadie, ni doncellas,
ni padre, ni aya, me pueden
ver: pero aunque me aborrezcan
Con mimo, à que contexta D. Diego.
todos, te he de cherer siempre
mono mio; Abelo, dexa
que le limpie la babita:
si como yo te quisieran
los demas... A ser posible,
ninguno mi nobio fuera
sino tu; pero que sirve
que yo estime tan de veras
à mi Abuelo, si mi Abuelo
no me trata como à Nieta?
Quantas malas voluntades
hay!
Dieg. Bien puede ser que sea
eso.
Ros. Quando yo lo digo.
Dieg. Si de cierto lo supiera,
à mi cargo tomaria
de Don Pedro la defensa
por darles en ojos.
Ros. Si?
poquito entonces quisiera
à mi Abuelito. Ande usted,
Con mimo.
hagalo usted.
Dieg. Como sepa...
Sale Doña Mónica.
Mon. Vamos Señorita al quarto
à aprender à hacer calzeta.
Ros. Calzeta yo?
Mon. Si Señora,
que así su padre lo ordena.
Dieg. Sabe Pepe que al instante
que la niña se atarea,
le dá fluxîon en los ojos,
ó bien le duelen las muelas?
Mon. Yo solo sé que ha mandado,
que todo el dia la tenga
aprendiendo hacer lavor
encerrada en una pieza.
Dieg. Encerrada! *Mon.* Si Señor.
Dieg. Pepe no manda en mi Nieta.
Mon. Vamos, Señorita, vamos.
Ros. Esto es una desvergüenza.
Dieg. No vayas. *Ros.* No quiero ir,
no me dá la gana, ea.
Mon. Mire usted...
Ros. Dexeme usted,
que si un poco mas me aprietan,
me he de echar al pozo.
Dieg. Rosa. *Ros.* Suel!tenme.
Dieg. Por Dios tenedla.
Ros. Yo les daré por el gusto,
detenerme en vano intentan
porque yo...
Sale D. Joseph. Qué es esto padre?
Dieg. Que por tu causa mi Nieta,
quiere echarse al pozo, mira
del rigor las conseqüencias.
Ros. Y me echarè: es èscusado
que detenerme pretendan,
va usted á cerrarme la tapa?
Vá D. Joseph hácia el pozo.
Jos. Voy à daxartela habierta.
Arrojate, tirate,
verifica tus ideas
detestables, al despecho
sacrifica tu soberbia;
anda que mas quiero ver
la lamentable tragedia
de tu muerte, que de horror,
y oprobrio verte cubierta,
quando los malos resabios
que has aprendido en la escuela
del delirio te confundan;
con la orgullosa caterva
de locas, cuyos excesos
cubren su sexô de afrenta,
arrojate.
Ros. Padre mio...
Jos. Nadie te detiene.
Ros. Muerta
me quieren: à morir vamos
con el dogal de mis penas. *vase.*
Jos. Seguidla, y quanto he mandado,
pràcticar luego con ella.
Vase Doña Monica.
Dieg. Hombre tu eres un Neron.
Jos. Soy un padre que desea
vér

vér su hija corregida.
Dieg. Si se muere?
Jos. Que se muera.
Dieg. Y la casa que se quede
sin succesion? Bueno fuea.
Jos. Si la propaga un mal hijo,
vale mas que se obscurezca.
Dieg. Quién heredará mis bienes?
Jos. Los heredará qualquiera.
Dieg. No faltaba ya otra cosa.
Jos. Padre, de vuestras ideas
desistid, mirad que Rosa
vá á cubrirnos de vergüenza,
que vuestro excesivo mimo
la ha hecho indómita, altanera
y orgullosa, que el maestro
es un picaro.
Dieg. Qué lengua
tan maldita! Por lo mismo
que en perseguirle te empeñas
yo le protexo, y al lado
ha de volver de mi Nieta.
Jos. Perdonad, soy yo su padre.
Dieg. Yo soy el tuyo, y en ella
y en tí mando: ola, ola!
parece que me gallea
el Señor Gobernador:
Señor Don Jose, usted sepa
que aun mando yo en mis calzones.
Sale Doña Mónica y habla Don Josef en secreto con ella.
Jos. Doña Monica?
Dieg. Qué intentas?
Jos. Don Benito? *Sale D. Benito.*
Dieg. Qué te marchas?
Ya puedes tomar la puerta,
que à mi ninguno me manda.
Jos. Ni vuestro hijo lo desea:
Sale Juan Josef y se va.
Juan Josef? Di al mayoral
que enganche el coche...
Sale Doña Monica y Doña Rosa.
Dieg. No creas.
que te he de dar alimentos,
componte con tu soberbia
y con tus pesos, que yo
me compondré con mi Nieta
y con el maestro. En casa
no quiero picaros.
Jos. Besa
la mano à tu Abuelo, y vamos
à Madrid.
Dieg. Qué te la llevas?
Jos. Es forzoso. *la agarra del brazo.*
Dieg. Lo verèmos.
Ros. Abuelito que me llevan.
Dieg. Mira Pepe...
Jos. Conducidla.
Ros. No me dá la gana, ea.
Jos. Llevadla pues.
Ros. Voto à Dios. *da una patada.*
Jos. Mirád la crianza vuestra.
Dieg. Si la enfadan.
Jos. Padre...
Dieg. Pepe...
como el respeto me pierdas;
mira que me olvidaré
de la paternal terneza.
Jos. No soy, padre de los hijos
indignos, que degeneran
de ser hijos con sus padres.
Señor, sé muy bien la deuda
paternal à lo que obliga;
asi Señor vos supierais...
Dieg. Qué?
Jos. Nada, si vuestro enojo
del castigo me contempla
digno, para recibirle
me postro à vuestra obediencia.
Dieg. Yo solo quiero á Rosita.
Jos. No os puedo servir con ella.
Dieg. Y es esa, picaro infame
la obediencia que aparentas?
Jos. Yo me sugeto à mi padre,
y ella al suyo se sugeta.
Vamos Rosa.
Dieg. No ha de ir.
Jos. En vano...
Dieg. Si te la llevas
te harto de palos. *levanta el baston.*
Sale Juan. Siól,
que la Alguacila aquí llega.
Jos. Qué Alguacil?
Juan. La Alguacila
que traen los mozos presa.
Saca Silverio y los mozos à Don Pedro que vendrá descalabrado.
Jos. Yo no te entiendo.

Ros.

Ros. Don Pedro!
Dieg. Maestro, que sangre es esta?
Ped. Estos picaros que à un hombre
de mi clase, y mi carrerra...
Ros. Yo fallezco. *se desmaya.*
Dieg. Ay que le ha dado
un accidente à mi Nieta!
Canalla mira á tu hija.
No vienes à socorrerla?
Jos. No Señor.
Dieg. Señor Don Pedro,
que novedad es aquesta?
Ped. Que ha de ser, que la malicia
no respeta la inocencia.
Don Diego tan pronto acude à Don Pedro como à Doña Rosa.
Dieg. Vuelve Rosa?
Mon. Cada vez
la convulsion se le aumenta
mas, y mas.
Dieg. Y las criadas,
no vienen à socorrerla?
Mon. Tomasa?
Sale Tom. Dexeme usted,
que la cara se me quema.
Mon. Manuela?
Sale Man. Qué mal de rabia?
Tom. Si aquí al picaro cogiera!
Jos. Las maldades del Abate,
ya à descubrirse se empiezan.
Man. Qué agua nos dió usted canalla?
Ped. De esta vez voy à galeras.
Man. Diga usted?
Silv. Esto no es nada,
respecto à lo que me resta
que decir; y hacer presente
de ese hombre víl, sin verguenza.
Exâmine usted los libros
que trae en la faltriquera,
y despues le daré à usted
de lo sucedido cuenta.
Jos. En estas cartas picadas,
difine usted los sistemas
de descartes? en los dados
tiene usted la Biblioteca
en que estudia? En los villetes
de amantes correspondencias
que ha seguido de otros, tiene
las anotaciones hechas
sobre dar direccion fija
à las naves que navegan
por el ayre? Está muy bien.
Con que usted no se contenta
con ser taur de los naypes,
sino que tambien se emplea
en serlo de amor? Veis padre
la conducta manifiesta
de este hombre?
Dieg. Dexame,
y el estado considera
de tu hija.
Jos. Todo el resto
del suceso manifiesta.
Silv. Habiendo ido à detenerlo,
por cumplir con la orden vuestra,
hallé que añadir queria
à su vileza, otra nueva
vileza; para estorvarla,
á los mozos de la huerta
llamé al instante, y mirando
su iniquidad descubierta,
armó para detenernos
osadamente su diestra,
con esta pistola; entónces
apelando à la defensa,
tal lluvia de garrotazos
descargó sobre èl, que en tierra
le dexó; y por si ocultaba
otra arma en las faltriqueras,
pasamos à registrarle,
y le encontramos en ellas
las cartas que os he entregado,
las detestables esquelas;
los dados, y esta pistola
que es la compañera de èsta.
Jos. Y à esto què decis?
Dieg. Que nada
de eso su máldad comprueba.
Sobre que es bueno.
Jos. Què fatuo!
Silv. Sus maldades descubiertas
aun no están del todo.
Jos. Cómo?
Silv. Como faltan las mas feas.
Faustina?
Sale Faust. Señor? Yo tio
si me iba tan solo era
porque me dixo el Señor,

que me pondria à doncella;
que luego me casaria,
que iria muy petimetra,
y seria Doña.

Silv. El vil
abusó de su inocencia,
y la robó con engaños
por triunfar de su modestia.

Ros. Vil seductor, ya conozco
Se levanta de pronto.
tus engañosas, cautelas;
pero tarde: padre mio,
de amargura, y rubor llena
á vuestras plantas confieso
mis delirios, mis demencias,
los pocos años, mi Abuelo,
y la ninguna experiencia,
con el mal lado que tuve,
me han perdido de manera,
que tarde espero encontrar
de la cordura la senda;
perdone usted Don Benito:
Doña Monica, quisiera...
nada quiero, sino que
por medio de la aspereza
me sujete usted de modo,
que servir de exemplo pueda
à todos quantos he dado
para murmurar materia.

Jos. Lo veis padre? Què decis?

Dieg. Solo te doy por respuesta,
que el hospicio no bastaba
à castigar mi flaqueza.

Jos. El destino de este vago,
corre desde hoy de mi cuenta.

Ped. Asi usted me acomodara.

Jos. Un fusil tendrá usted en cuenta.
Mientras le dispongo el viaje,
le podrèis llevar à Illescas.

Ros. Antes de irse, padre mio,
quiero pagarle una deuda
de una música Italiana,
que ha ajustado por mi cuenta
en quinientos reales.

Jos. Cómo?

Ped. Nada que deber me queda.

Ros. Como le di à usted seis onzas
solamente...

Jos. Qué insolencia!
Ya no es digno de fusil,

Dieg. Pues de qué?

Jos. De una cadena.

Ped. Los presidiòs no se hicieron
para gentes de mi esfera.

Man. Desde tuno á presidario,
hay muy poca diferencia.

Ros. Para que mi desengaño
todos sepan, en la escuela
de la correccion, desde hoy
voy à procurar mi enmienda.

Ben. La mano de Doña Rosa,
entónces me es lisongera.

Jos. Dasela si te acomoda.

Ros. Dexad que se fortalezca
mi razon, y entónces digna
seré, Señor, de obtenerla:
llevadle donde gustais.

Jos. Yo haré aquello que convenga.
Y los padres que en sus hijos,
vieren iguales flaquezas,

Tod. Puede servirles de aviso
el exemplo de esta pieza.

FIN.

Barcelona: Por Juan Francisco Piferrer, véndese en su Librería administrada por Juan Sellent; y en Madrid en la de Quiroga.



'omedias.

N.° 8.